

Corintios II

Estudio sobre la segunda epístola

Autor: H. Rossier

La segunda epístola a los Corintios presenta un tema particular: el ministerio, su funcionamiento, la tarea que le incumbe y las cualidades indispensables para ser ministro de Cristo. Es necesario destacar que el ministerio tiene, en esta epístola, un carácter muy amplio. No es solamente el ministerio apostólico o ministerio de la Palabra, pues lo que aquí es traducido por ministerio en otros lugares se traduce por servicio. En efecto, todos tenemos un ministerio. Si bien no todos tenemos el de la Palabra, a cada cual el Señor le ha confiado un servicio. A menudo el más ínfimo servicio a los ojos de los hombres tiene una importancia muy grande a los ojos de Dios. Compenetremos bien de esta verdad: aunque no tengamos un don especial todos tenemos un servicio particular al cual debemos consagrarnos cuidadosamente. Si este último tiene más apariencias a los ojos de los hombres, ofrece también más peligros para aquel que lo ejerce.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Prólogo	5
Capítulo 1.....	6
Condiciones para ejercer un ministerio fructífero	6
Cuatro facetas de la liberación.....	8
Tenemos la prenda o las arras del Espíritu.....	9
Capítulo 2	11
El gran interés de Pablo para los corintios	11
Capítulo 3	15
Versículos 1-6: Una carta de Cristo conocida y leída por todos los hombres (cap. 3:2).....	15
Versículos 7 a 18: Ministerio de la ley y el del Espíritu.....	17
El Evangelio de la gloria.....	19
Capítulo 4	23
Versículos 1-6: Hay también un velo sobre los gentiles o naciones	23
Versículos 7-18: La personalidad del ministro o servidor.....	24
Capítulo 5	30
Versículos 1-8: Una casa eterna en los cielos	30
Versículos 9-12: El tribunal de Cristo	32
Versículos 13-21: El ministerio de la evangelización.....	38
Nueva creación en Cristo.....	42
Capítulo 6	45
Cualidades morales que recomiendan a un servidor.....	45
La santidad práctica	49
Capítulo 7	53
El corazón del apóstol para los corintios.....	53
Capítulos 8 y 9.....	56
Servicio pecuniario en relación con los santos	56
Cinco consecuencias de la fidelidad en el servicio	58
Capítulo 10.....	61
El ministerio de Pablo es atacado	61
Capítulo 11.....	65
Un ministerio según Dios y el ministerio según los hombres.....	65
Capítulo 12	69
¿En qué consiste el poder del ministerio?.....	69
Capítulo 13	73

La autoridad apostólica para castigar	73
Cinco últimas exhortaciones	75

Prólogo

La segunda epístola a los Corintios presenta un tema particular: el ministerio, su funcionamiento, la tarea que le incumbe y las cualidades indispensables para ser ministro de Cristo. Es necesario destacar que el ministerio tiene, en esta epístola, un carácter muy amplio. No es solamente el ministerio apostólico o ministerio de la Palabra, pues lo que aquí es traducido por ministerio en otros lugares se traduce por servicio. En efecto, todos tenemos un ministerio. Si bien no todos tenemos el de la Palabra, a cada cual el Señor le ha confiado un servicio. A menudo el más ínfimo servicio a los ojos de los hombres tiene una importancia muy grande a los ojos de Dios. Compenetrémonos bien de esta verdad: aunque no tengamos un don especial todos tenemos un servicio particular al cual debemos consagrarnos cuidadosamente. Si este último tiene más apariencia a los ojos de los hombres, ofrece también más peligros para aquel que lo ejerce.

División de la epístola

Capítulos 1 al 5

La base y el blanco del ministerio apostólico de Pablo hacia los corintios especialmente.

Capítulos 6 y 7

El ministerio en general y el de Pablo en particular.

Capítulos 8 y 9

Un caso particular del ministerio: el servicio de la liberalidad a favor de los más pobres.

Capítulos 10 al 13

El apóstol Pablo tiene que defender su apostolado frente a falsos maestros introducidos en la iglesia de Corinto.

Capítulo 1

Condiciones para ejercer un ministerio fructífero

Amados hermanos: Conocéis ya las circunstancias exteriores que dieron lugar a esta carta. El apóstol había escrito desde Éfeso una primera carta a los corintios, después del desorden que reinaba entre ellos, al cual su corazón era más sensible por tratarse de sus hijos en la fe. El Espíritu de Dios se ha servido de estas circunstancias para instruir a todos los cristianos sobre el orden que conviene a la casa de Dios. En efecto, para conocer la organización de la Asamblea, y vivir conforme a ella, basta leer la primera epístola a los Corintios. Después de haberles dirigido la primera carta, el apóstol les envía a Tito para informarse de su estado. Una puerta grande le había sido abierta en Troas, pero, en su inquietud, había abandonado esta obra para dirigirse a Macedonia, al encuentro de Tito. Como este último le había traído buenas noticias acerca de los corintios, el apóstol les dirige esta segunda carta. Había ido en persona la primera vez; después, por medio de su primera epístola, una segunda vez; y estaba dispuesto a ir a Corinto por tercera vez, pero, entretanto, les escribía esta segunda carta (cap. 12:14; 13:1). Su segunda visita personal a Corinto está relatada, sin duda alguna, en los versículos 2 y 3 del capítulo 20 de los Hechos, pero ésta es la única mención que hallamos de ella.

Doy estos detalles para que nos demos cuenta de las circunstancias que rodeaban a Pablo cuando escribía esta última carta, pero, para nosotros, es mucho más importante buscar lo que el Señor quiere enseñarnos mediante ella. He dicho una vez que esta epístola podría intitularse «El ministerio cristiano». Aunque ello es exacto, tal definición está lejos de abarcar el conjunto de las verdades que el Espíritu Santo nos presenta; de ahí que en el capítulo que tenemos ante nosotros hallemos en primer lugar las condiciones en las cuales un creyente debe hallarse para ejercer un ministerio que pueda ser bendecido o fructífero. Ahora bien, al hablar de las condiciones del ministerio hablo de cada uno de nosotros, pues se requiere cierto estado moral para llevar a cabo cualquier servicio que el Señor nos confíe.

Os haré notar, al principio de este capítulo, un párrafo particularmente edificante. Es el siguiente: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios” (v. 3-4). En las epístolas hallamos tres veces esta frase: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. En la primera epístola de Pedro (cap. 1:3), el apóstol bendice a Dios por haber sido reengendrado, es decir, por haber recibido perso-

nalmente el nuevo nacimiento que nos caracteriza a cada uno de nosotros al principio de la carrera cristiana. Ahora bien, en esta epístola de Pedro el creyente no tiene en el mundo ninguna otra cosa más que ésta. Tiene una esperanza y camina hacia ella sin poseerla aún; su salvación le será manifiesta recién al fin del tiempo. No es, como en otras epístolas, una salvación actual, sino una liberación futura y final. El apóstol, pues, bendice a Dios por haber recibido una vida nueva, con la cual puede atravesar el mundo sin poseer nada en él y, más aun, sin haber obtenido ninguna de las cosas futuras, todas las cuales le quedan aún por lograr. Pero, por la fe en Cristo, posee la vida divina; está perfectamente gozoso de no tener otra cosa y se regocija con “gozo inefable y glorioso”, recibiendo la “salvación del alma”, en la cual no entra sino como “fin de su fe” (1 Pedro 1:8). Amados hermanos, ¿estamos plenamente satisfechos de ser hijos de Dios y de no tener parte alguna en este mundo; de tener todos nuestros tesoros ante nosotros sin haberlos alcanzado ni poseído todavía; nada en el presente, todo en el porvenir? Ello era suficiente para estos primeros creyentes; les infundía tal gozo que en ninguna otra parte de la Palabra se presenta la expresión de una manera más elevada: ¡“un gozo inefable y glorioso”!

En la epístola a los Efesios (cap. 1:3) hallamos exactamente lo opuesto a lo que nos dice la epístola de Pedro. En ésta el creyente no tiene nada; en Efesios lo tiene todo. Es introducido en el cielo, bendecido con toda bendición espiritual en lugares celestiales; alcanzó su fin; los deseos de su alma están satisfechos, pues su posición es celestial en Cristo; para él, el mundo ha desaparecido, salvo para darle testimonio y para combatir en él; desde su posición supereminente, el creyente lo ve a sus pies. Así podremos comprender muy bien esta frase:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

“

De todas formas, cualquiera de estas posiciones es muy real para el creyente. En la una está el mundo, en la otra está el cielo. Todo lo posee a la vez; como Israel cuando comía el maná en el desierto y se nutría del “trigo del país”.

La segunda epístola a los Corintios nos presenta, tal vez, el más sorprendente de los tres pasajes: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación; el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios” (v. 3-4). Vemos aquí un hombre rodeado de aflicciones, de pruebas, de dolores, de grandes sufrimientos, de tal manera que desespera por su vida, como

si estuviera ya en el polvo de la muerte. ¿Cuál es, pues, el motivo por el cual puede dar gracias? Que Dios se sirva de las circunstancias más dolorosas de su vida para glorificarse y hacer de él un conducto de nuevas bendiciones para los demás. Pablo estaba satisfecho de sufrir, porque el Dios de toda consolación le consolaba o animaba (doble significación de tal término) en toda su aflicción, no para su alma o en respuesta a sus propias necesidades, sino para que fuera capaz de animar a los que se hallasen en cualquier aflicción. Pablo había sufrido y atravesado estas pruebas y sus provisiones de consuelo por parte de Dios eran inagotables para él, a fin de que lo fueran también para los demás.

Hallaréis el mismo pensamiento en el transcurso de esta epístola cuando se compara a una vasija de barro en la cual Dios puso su tesoro. La vasija está quebrantada, rota; la muerte obraba en el apóstol, pero lo hacía a fin de que la luz pudiera proyectarse hacia afuera y llevar la vida al corazón de los corintios.

Cuatro facetas de la liberación

Volvamos ahora al primer capítulo de nuestra epístola a los Corintios. Hallamos finalmente un último carácter de la liberación que va más allá de aquellos que hemos considerado. Dios hacía pasar al apóstol por circunstancias tales que tenía dentro de sí la sentencia de muerte para que no confiara en sí mismo, sino en Dios que resucita a los muertos (v. 9). Podría no haber tenido confianza en la carne, en el hombre, en el mundo y, sin embargo, tener confianza en sí mismo, pero, cuando la sentencia de muerte es pronunciada, no sobre él desde fuera, sino realizada en sí mismo, no puede tener confianza sino en Aquel que resucita a los muertos. Al final de esta epístola nos enteramos de que, catorce años antes –es decir, al principio de su carrera– el apóstol había hecho una experiencia que tendía al mismo fin. Dios lo había transportado al tercer cielo, donde había oído cosas maravillosas que ningún lenguaje humano podría reproducir; pero, al descender de estas alturas, el peligro había comenzado. Habría podido enorgullecerse y tener confianza en sí mismo. Por eso Dios le había enviado un mensajero de Satanás para abofetearle, y después le dice: “Bástate mi gracia”. Mucho tiempo después de tal experiencia memorable, ésta se renueva, pues nada es más sutil que el yo, el cual debe ser tenido continuamente como fracasado. Aquí no es el mensajero de Satanás, sino la sentencia de muerte la que sale al encuentro del apóstol, quien la experimenta de tal manera que al final de esta epístola dice: “Nada soy” (cap. 12:11). ¿Dónde está la confianza en uno mismo cuando se es abofeteado por Satanás o se ejecuta la sentencia de muerte? ¡ya no se es nada! Pienso que la práctica de la liberación no puede ir más allá de esta experiencia.

La consecuencia es que, si el apóstol no es nada, Cristo lo es todo para él. Puede decir:

Para mí el vivir es Cristo (Filipenses 1:21).



Y, con relación a su ministerio, Cristo es su único objeto. Él solo ha ocupado el lugar de toda otra cosa en el corazón, en los pensamientos y en la actividad de Pablo. ¿Se trata de sus circunstancias? entonces dice: “Abundan en nosotros las aflicciones de Cristo” (v. 5). Estos sufrimientos no son los de Pablo; en su carrera de amor, él cumple las aflicciones de Cristo a fin de poder aportar a los demás todo el aliento que las acompañan. Por la gracia de Dios, puede hablar de sí como de un “hombre en Cristo” (cap. 12:2). Tal es, en el apóstol, la realización práctica de la liberación.

El resultado de esta liberación en su ministerio se reflejaba en su predicación, la que tenía por motivo a Cristo únicamente. Podréis haber pensado –dice a los corintios– que yo daba prueba de incertidumbre en mis deseos, pero en Él no hay incertidumbre, “porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios” (v. 20). Sí, todas las promesas se resumen en Él. En Gálatas 3:14, el Espíritu Santo es una de estas promesas. En virtud de la aceptación de Cristo y de su exaltación a la diestra de Dios, la promesa del Espíritu ha venido a ser nuestra parte. En Tito 1:2 se trata de lo mismo, por lo que atañe a la vida eterna, pero hay aun otras promesas: la gloria, la justicia, el perdón, la herencia. El apóstol añade: “por medio de nosotros, para la gloria de Dios”. ¿Por qué este “por medio de nosotros”? Porque –cosa maravillosa– Dios nos ha unido a Cristo de una manera tan indisoluble que todo lo que le pertenece nos corresponde a nosotros también. La gloria de Dios proviene de Cristo, pero, como la gloria de Cristo es nuestra, también la gloria de Dios proviene de nosotros.

Tenemos la prenda o las arras del Espíritu

El apóstol añade: “Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones” (v. 21-22). Es lo que caracteriza al cristiano: está ligado firmemente a Cristo, es una sola cosa con él. Está ungido con el Espíritu, como Jesús lo fue, pero el Señor en virtud de su perfección como hombre, mientras que nosotros en virtud de la obra que Él cumplió a nuestro favor. El creyente está sellado con el Espíritu Santo, el que le aporta la conciencia y el entero conocimiento de su relación con Dios, relación de la cual el mismo Señor gozaba como hombre cuando estaba en la tierra. En fin, el Espíritu es “las arras de nuestra herencia”. Vamos a entrar en nuestra heredad

celestial, de la que, por el Espíritu, tenemos ya el anticipo y la certidumbre. El Señor entró antes que nosotros, mientras que nosotros sólo tenemos las arras; pero Él espera aún entrar en su herencia terrenal, en la que nosotros entraremos también con Él.

Tales eran las cosas que Pablo anunciaba. Predicaba al Hijo de Dios, Jesucristo. Mostraba el valor de su persona y de su obra, y lo que Él era para Dios y para nosotros. Afirmaba que, a excepción de Cristo, los creyentes no tenían nada y que él no quería otro lugar. Sólo le animaba un pensamiento: ser hallado en Él, sin otra justicia que la de Dios; sólo tenía un deseo: conocerle al atravesar el mundo y reproducir su marcha; no tenía más que una ambición: esperar su regreso desde la gloria.

Roguemos que Dios nos conceda poder decir las mismas cosas y practicar nuestra liberación de tal manera que seamos testigos de Cristo en este mundo.

Capítulo 2

El gran interés de Pablo para los corintios

Existe cierta ligazón entre la primera y la segunda epístola a los Corintios. En la primera, los corintios, bendecidos exteriormente y colmados de todos los dones espirituales, habían tomado confianza en sí mismos, se habían enorgullecido y esto no había tenido otro resultado que conducirlos a divisiones y toda especie de desórdenes. Existían en ellos muchas cosas que reprender, pero aquí sólo insisto en las divisiones. Estaban desunidos para el bien y unidos para el mal. Uno decía ser de Pablo, otro de Apolos y esto les dividía en diversas sectas. Después, cuando un mal escandaloso se presentó en la asamblea, como eran indiferentes a lo que deshonoraba el nombre de Cristo, se mantuvieron unidos para dejarlo pasar en silencio. El apóstol había aprovechado la ocasión para mostrar que en la casa de Dios hay un orden que no se puede transgredir. Si todos los hijos de Dios comprendieran esto, en lo que concierne a la Iglesia o Asamblea, ¡cuán poderoso sería el testimonio de esta última en el mundo!

Cuando recibieron la exhortación, los corintios perdieron la confianza que tenían en sí mismos. Una tristeza según Dios llenó sus corazones y los condujo al arrepentimiento. El apóstol les muestra entonces que él no tiene ninguna confianza en sí mismo, y se sirve de sus propias experiencias para la edificación de ellos. Él conocía la tristeza, conocía el poder de Satanás en este mundo. Como no tenía ninguna confianza en sí mismo, podía dar a los corintios –quienes ya no estaban exaltados por el valor de sus dones– las consolaciones que él mismo había recibido.

Pero no olvidemos que, cuando alguien ha superado ciertos peligros, como en el caso de los corintios, se presentan otros riesgos. Satanás no se da nunca por vencido. Si no ha conseguido vencer por un lado, nos atacará por otro y tendremos que enfrentarlo nuevamente. ¿Cuál era el peligro que corrían ahora los corintios? Habían sido conducidos a una justa apreciación del pensamiento de Dios en cuanto a la disciplina; como lo vemos en el capítulo 7 de nuestra epístola, estaban llenos de celo para juzgar el mal entre ellos y siguieron las enseñanzas del apóstol a este respecto. La partida parecía ganada, pues ahora estaban unánimes para ejercer una acción judicial contra el malo. Lo habían hecho comparecer ante su tribunal y lo habían excluido de entre ellos. Pero, en lugar de alabarlos por haber cumplido su deber perfectamente, el apóstol les dice: No lo es todo estar unidos en el juicio; es preciso que estéis unidos también en el ejercicio del amor (v. 8). Dios no quería que permanecieran en una acción judicial. Con la expulsión del malo no se había terminado todo. Los corintios lo habían quitado de entre ellos, pero el apóstol tenía conocimiento de que este hombre estaba agobiado por la tristeza (v. 7). La asamblea le dejaba

en tal estado. ¿Dónde estaba el amor? El apóstol aprovecha esa circunstancia para mostrarles lo que habían de hacer con un hombre arrepentido y humillado. Ante todo se refiere a ellos; les había escrito su primera carta en medio de “muchas tribulación y angustia del corazón, con muchas lágrimas, no para que fueseis contristados, sino para que supieseis cuan grande es el amor que os tengo” (v. 4). La causa de estas lágrimas era en parte, sin duda, el pecado que había sido cometido en la asamblea de Corinto, tan cara a su corazón. El apóstol ocupaba su lugar, mientras que ellos aún no sabían llorar con él. Lloraba en lugar de ellos por aquel que, habiendo deshonrado el nombre del Señor, había traído oprobio sobre Él y empañado su gloria en medio de la asamblea. Pero lloraba también por los corintios y, notadlo bien, en un momento en el cual ellos no lloraban en absoluto. El cuidado de las asambleas asediaba continuamente al apóstol. Sentía profundamente la dureza de corazón que había vuelto a los corintios indiferentes al mal y que había deshonrado el nombre de Cristo entre ellos. Ahora no le bastaba verlos unidos para enjuiciar, quería verlos unidos también en el amor, y entonces les dice: Si he llorado, no ha sido para entristeceros, sino a fin de que veáis el amor que tan fuertemente siento por vosotros. Quería que comprendieran que le había afligido tener que reprenderlos, tener que dirigirse a ellos con autoridad apostólica para hablarles de su pecado en su primera carta tan severa y que los corintios habrían podido estimar fría y dura. El pensamiento de que sus corazones estuvieran heridos no le dejaba ni un momento de respiro; deseaba saber cuál sería el efecto que les causaría su carta. ¿Se rebelarían o aceptarían la reprensión? ¿Pablo había llegado casi a dolerse de haber escrito esa carta inspirada! (cap. 7:8). ¡Qué cuadro conmovedor del amor que llenaba su corazón! Como estaba demasiado angustiado para esperar la respuesta a su carta, envía a Tito para que le informe acerca del estado en que ellos se encontraban. Aguarda su regreso en Troas, donde la puerta está ampliamente abierta para el Evangelio; pero ¡una cosa es aun más importante para su corazón que esta obra que Dios le ha confiado! La abandona, va al encuentro de Tito en Macedonia y no tiene reposo hasta que le halla.

Esto habla a nuestros propios corazones. Nada más bendito y más gozoso para nosotros que el Evangelio. ¡Qué alegría cuando lo vemos penetrar en las conciencias y conducir las almas al Señor por medio de la conversión! Sin embargo, en este momento una cosa tenía más importancia para Pablo que la misma puerta abierta para el Evangelio. Deseaba ver una verdadera restauración en sus muy amados hijos en la fe; una asamblea que, por medio de un completo arrepentimiento, a través del juicio de sí misma, retomara el camino en el cual el Señor pudiera ser glorificado. He aquí lo que llenaba su corazón. Su gozo consistía en que los hermanos de la asamblea de Corinto anduviesen juntos fielmente, humildemente, despojados de toda confianza en

sí mismos, prontos a juzgar el mal, prontos a perdonar al malo arrepentido. Dice: “Si alguno me ha causado tristeza” (v. 5). Como este hombre no estaba aún restaurado, el apóstol no lo llama hermano, ni aun lo nombra, ya que es solamente “alguno”. Podemos sacar una útil instrucción para la conducta de la Asamblea hacia aquellos que son expulsados. “Si alguno me ha causado tristeza, no me la ha causado a mí solo, sino en cierto modo (por no exagerar) a todos vosotros”. Se había visto obligado a imponerles una carga en su primera epístola; pero, ahora que los ve entristecidos, renuncia a escribirles severamente. Tenía aun, como lo veremos más tarde, muchas más cosas que reprender, las que hubiese podido plantearles desde el principio de su epístola, pero no los quería abrumar. Aprendemos así de qué manera hemos de comportarnos con nuestros hermanos cuando estamos obligados a reprenderlos. A veces llegamos a ser más rigurosos con ellos cuando vemos que la reprensión no ha producido el efecto deseado, y entonces agravamos el peso con que están agobiados. El apóstol no obraba de esta manera. Al ver a los corintios restaurados en cierta medida, no pretende añadir más abatimiento. Entonces les dice: Lo que deseo es el gozo y el amor. Por ello les aconseja que perdonen al tal hombre, por temor a que el mismo fuera abatido por una tristeza demasiado grande. Después de verlos arrepentidos, les dice: Ahora podéis gozaros, consolaros y fortificaros con mi ministerio y, sin embargo, dejáis que este hombre, en quien el arrepentimiento se ha producido, sea presa del abatimiento (v. 8-9). Habían sido obedientes para ejercer el juicio; ahora precisaban ser obedientes para perdonar. Pablo deseaba saber si eran obedientes en todo (v. 10). La diferencia entre esta segunda epístola y la primera es muy sorprendente. Si se trataba de juzgar el mal, el apóstol había decidido dejar librado a este hombre a Satanás, pero había suspendido su veredicto. En la segunda epístola se apresura a perdonar en la persona de Cristo. En lugar de pronunciar la sentencia que había retardado, acuerda el perdón, a fin de que fuera concedido por el poder y la autoridad de Cristo al hombre que había pecado. Al tener lugar tal perdón, el Enemigo no podía alcanzar sus propósitos (v. 11). Satanás habría querido sembrar otra vez la desunión, causar separación entre la asamblea y el apóstol, pues así aquélla hubiese sido unánime para juzgar y éste habría estado solo para perdonar. Cuando el Enemigo de nuestras almas puede impedir que andemos según un mismo parecer, un mismo sentimiento, estemos seguros de que no dejará escapar la ocasión. En el versículo 14, el apóstol concluye diciendo: He abandonado la obra por amor a vosotros, pero puedo remitirme a la gracia de Dios. “Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús”. Cuando un emperador o un general obtenía victorias y sometía pueblos, celebraba un triunfo. Su carro de guerra iba acompañado por un cortejo portador de incensarios. El humo del incienso envolvía al triunfador. De los cautivos que conducía tras él, unos estaban

destinados a morir, otros a alcanzar gracia. Como Cristo había alcanzado el triunfo en la cruz, el apóstol acompañaba su triunfo como turiferario (como incensador) (v. 14). El perfume, olor del conocimiento de Cristo por el Evangelio, subía en tomo a Él para proclamar el valor de Su obra.

Pablo añade:

Porque para Dios somos grato olor de Cristo.

“

Aquí se presenta, en segundo lugar, él mismo como un perfume de Cristo que sube ante Dios. Perseguido, destinado a morir humillado, sin ninguna confianza en sí mismo, necesitado de continuo consuelo, era el buen olor de Cristo. Se podía ver, en la persona de aquel que acompañaba a su Señor, lo que este Señor, ahora vencedor y triunfante, había sido aquí abajo. Queridos amigos: ¿somos, a los ojos de Dios, el perfume de Cristo, o hacemos subir ante Él el mal olor del mundo y sus concupiscencias? Me parece que esto habla a nuestras conciencias. Pablo podía decir: “Porque para Dios somos grato olor de Cristo”. Dios estimaba como precioso este perfume y quería derramarlo para glorificar a su Hijo. Era un olor de vida para aquellos que creían, pues la victoria de Cristo les anunciaba la liberación; pero era un olor de muerte para los que rehusaban la salvación, pues era su condenación. Los hombres siguen hoy, quiéranlo o no, el triunfo de Cristo, pero su actitud en relación con el Evangelio es lo que decide su suerte: la vida si aceptan las buenas nuevas; la muerte si las rechazan.

En este país, donde el Evangelio es conocido por todos, ¿cuál es la condición de los que siguen el triunfo de Cristo? Es ésta una pregunta seria para los que no han recibido al Salvador para tener la vida.

¡Qué hermoso cuadro de toda la actividad del apóstol vemos en el versículo 17! Ella venía de parte de Dios para este mundo; estaba puesta ante Dios, con sinceridad, sin fraude, y él hablaba en Cristo! Todas las ambiciones de Pablo se concentraban en este punto: obrar para Dios con un corazón sincero, obrar ante Dios con un corazón recto; obrar en Cristo de manera tal que ya no estuviera nunca más separado de Él ¡ni en pensamiento ni en la realidad! Roguemos que Dios nos permita poder apreciar la victoria de Cristo, el valor de su obra y de su persona y poder decir, como Pablo: “Con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo”.

Capítulo 3

Versículos 1-6: Una carta de Cristo conocida y leída por todos los hombres (cap. 3:2)

Permítanme volver un poco sobre los pensamientos contenidos en los dos primeros capítulos de nuestra epístola. Esta última presenta un tema particular: el ministerio, su funcionamiento, la tarea que le incumbe y las cualidades indispensables para ser ministro de Cristo, principios en los que penetraremos más a medida que profundicemos este tema. Es necesario destacar que el ministerio tiene, en esta epístola, un carácter muy amplio. No es solamente el ministerio apostólico o ministerio de la Palabra, pues lo que aquí es traducido por ministerio en otros lugares se traduce por servicio. En efecto, todos tenemos un ministerio. Si bien no todos tenemos el de la Palabra, a cada cual el Señor le ha confiado un servicio, y a menudo el más ínfimo servicio a los ojos de los hombres tiene una importancia muy grande a los ojos de Dios. Más adelante, en los capítulos 8 y 9, el apóstol se extiende acerca del servicio pecuniario en relación con los santos, muestra cómo debe ejercerse y se considera dichoso de participar en él. Compenetremos bien de esta verdad: aunque no tengamos un don del Espíritu en favor de la Asamblea o del mundo, todos tenemos un servicio particular al cual debemos consagramos tan cuidadosamente como si fuera un servicio público. Si este último tiene más apariencia a los ojos de los hombres, ofrece también más peligros para aquel que lo ejerce.

Al considerar el primer capítulo, podemos concluir que nuestro servicio para el Señor, cuando se alía a la confianza en nosotros mismos, siempre se verá aquejado, no por la nulidad –pues no hay ni siquiera uno de nosotros que no tenga que pasar en el transcurso de su servicio por el juicio gradual y minucioso de sí mismo–, pero, al menos, se verá aquejado de debilidad en proporción a la importancia que estemos dispuestos a atribuirnos. Como lo hemos visto, el más grande de los apóstoles decía: “para que no confiásemos en nosotros mismos”;

soy menos que el más pequeño de todos los santos

“

(Efesios 3:8);

y aun “nada soy”. En la medida en que esta verdad es realizada, el ministerio cristiano es bendecido. El apóstol ejercía este juicio absoluto de sí mismo para ejemplo de sus hermanos y para animarlos en el camino.

Al final del capítulo 1 hemos visto que el objeto del ministerio es Cristo, de manera que el apóstol se aboca a resaltar Sus glorias. Muestra a continuación que, para presentar a Cristo, se precisa poder; es necesario estar ungido y sellado con el Espíritu Santo. Nada hay más miserable que presentar a las almas la verdad de Dios como un asunto de inteligencia o como un resultado de nuestros estudios, pues de esta manera la acción de la Palabra sobre las conciencias es anulada, ya que sólo el Espíritu de Dios puede darle eficacia.

En el capítulo 2, el ministerio no tiene solamente por objeto presentar a Cristo, sino también una acción en la Asamblea con miras a la disciplina; pero la disciplina debe ejercerse con amor. Sin amor, no es otra cosa que un juicio legal que no tiene nada que ver con el Espíritu de Dios. Al fin del capítulo, el ministerio es la presentación de la victoria de Cristo a los hombres y la presentación del perfume de Cristo a Dios, lo que constituye una inmensa responsabilidad para nosotros, pero también para los que rechazan nuestro testimonio.

Llegamos así al principio del capítulo 3, donde hallamos una nueva función del ministerio. Éste tiene por fin no solamente presentar el perfume de Cristo en el mundo, sino también dirigirle una carta de Cristo conocida y leída por todos los hombres. Los corintios eran, sin duda, la carta de recomendación del apóstol, mas, para Pablo, esta carta era absolutamente idéntica a la carta de recomendación de Cristo. Pablo no había escrito su propio nombre sobre el corazón de los corintios, sino solamente el de Jesús. ¡Cuántos ministros de Cristo, en lugar de seguir el ejemplo del apóstol, han tenido la triste función de escribir un nombre de hombre, o el nombre de la secta a la cual pertenecen o cualquier otra cosa sobre el corazón de los creyentes!

El Señor había suministrado a Pablo los instrumentos necesarios para escribir la carta de Cristo y había llevado a cabo fielmente su tarea. Sus tablillas eran tablas de carne del corazón y no las tablas de piedra de la ley; su pluma y su tinta, el Espíritu de Dios; su carta, la Iglesia; su tema, Cristo; un solo nombre y ningún otro, un nombre que contiene en sus sílabas los consejos eternos de Dios, todos sus pensamientos y todas sus glorias.

Así como los corintios, también nosotros somos el fruto del ministerio del apóstol, ministerio que está contenido en la Palabra de verdad; y, como ellos, somos llamados a ser la carta de recomendación de Cristo, conocida y leída por todos los hombres; pero, notadlo bien, el ministerio del apóstol es llamado aquí, no a formar individuos, sino un conjunto. El apóstol no les dice: Vosotros sois cartas, sino: Vosotros sois la carta de Cristo, aunque sea perfectamente cierto que todo cristiano, individualmente, debe recomendar a Cristo ante el mundo. Tal era la importancia de la Iglesia, de la Asamblea de Cristo, a los ojos de Pablo.

Al final de este capítulo, confía a los corintios el secreto que les permitirá ser esta epístola de Cristo, secreto sencillo y elemental. Es preciso que todos nosotros –pues aquí se trata siempre del conjunto de cristianos (v. 18)– tengamos por objeto la contemplación del Señor. Esta contemplación nos transforma gradualmente en su imagen gloriosa, de tal manera que el mundo no pueda ver más que a Cristo en su Iglesia.

Versículos 7 a 18: Ministerio de la ley y el del Espíritu

Este mismo capítulo 3 nos presenta otra función importante del ministerio cristiano. Tiene una enseñanza en vista. Por ello el apóstol resume el conjunto de la doctrina cristiana en el paréntesis que se extiende del versículo 7 al 16. Esta doctrina está en absoluto contraste con lo que la ley había enseñado hasta entonces. Ahora bien, entre los cristianos de nuestros días que pretenden conocer la gracia, ¡cuán pocos la comprenden realmente y la separan enteramente de la ley!

Hallamos aquí, pues, la diferencia entre el ministerio de la letra, es decir, de la ley, y el ministerio del Espíritu.

El apóstol empieza por mostrar que el ministerio de la ley es un ministerio de muerte. La ley, sin duda, promete la vida a aquel que le obedezca, pero ¿es capaz el hombre de obtener esta vida prometida? Lo que hace que ello sea imposible es el pecado. Y el pecado no es otra cosa que la voluntad propia y la desobediencia del hombre. Así, la ley, aunque prometa la vida, es un ministerio de muerte. Condena a aquel que no la ha seguido y le convence de pecado. Todo hombre bajo la ley se halla, pues, bajo un ministerio que le mata, pronunciando sobre él la sentencia de muerte. Es el tema del capítulo 7 de Romanos. La ley hacía nulas, de una vez para siempre, todas las pretensiones del hombre en cuanto a ponerse en regla con Dios y obtener la vida de esta manera.

En contraste con el ministerio de muerte, el apóstol habla, no del ministerio de vida, sino del ministerio del Espíritu, porque, cuando el Espíritu Santo obra, trae la vida al alma.

Por otra parte, el ministerio de la ley es un ministerio de condenación, mientras que el ministerio del Espíritu lo es de justicia; pero no se trata de una justicia humana y legal, pues el Espíritu ha venido para anunciarnos la justicia de Dios. Tal es el propio contenido del Evangelio, y por ello el apóstol le concede tan grande importancia. Muestra la manera por la cual Dios ha podido reconciliar su odio contra el pecado (una justicia que debe condenar al pecado) con su amor hacia el pecador. La justicia de Dios es así una justicia justificante y no una justicia condenatoria. Esta conciliación de dos cosas inconciliables no se halla sino en la cruz de Cristo, donde “la justicia y

la paz se besaron”. No existía otra cosa parecida antes del ministerio cristiano del cual el apóstol era el representante. Este ministerio es el resumen de todos los pensamientos de Dios en relación con los hombres. Por él aprendemos a conocer a Dios en toda su gloria, en toda la perfección de su naturaleza y de su carácter.

El apóstol continúa y dice: “mucho más glorioso será lo que permanece” (v. 11). Lo que permanece es el carácter de Dios. Nada hay que añadir a lo que Dios nos ha revelado de sí. Lo que Dios es, su gloria entera, se ha mostrado en la obra que cumplió en la cruz por nosotros. Esta obra subsiste para siempre jamás con gloria.

Al final de este pasaje se dice (v. 17):

en donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.

“

La ley era un ministerio de esclavitud que volvía al hombre incapaz de acercarse a Dios; la gracia nos introduce en su presencia y podemos contemplar sin velo la persona del Señor Jesús, quien ha sido hecho justicia de Dios por nosotros. Como ya lo hemos visto, tener plena libertad para entrar ante Él, es poseer el secreto por el cual uno puede ser realmente ante el mundo una carta de Cristo. La consideración de la gloria del Señor nos transforma gradualmente, de gloria en gloria, a su semejanza. Esta transformación es parcial, pues no hemos alcanzado la perfección ni la alcanzaremos jamás aquí abajo.

Todo este pasaje presenta la oposición más completa entre el ministerio de la ley y el del Espíritu. Los dos ministerios no concuerdan en punto alguno. El de la ley es un ministerio de muerte y no puede hacer otra cosa que condenar. La ley, aun en

su carácter menos severo, tal como Dios la hizo conocer a Moisés cuando por segunda vez le dio las tablas de la ley, no podía hacer otra cosa que condenar. Un régimen en el cual la ley está mezclada con misericordia –régimen bajo el cual Israel se hallaba de hecho, pues no se hallaba bajo el régimen de la ley pura– es mortal para aquellos que lo aceptan. Aun ahora, los que no son judíos y, diciéndose cristianos, se sitúan bajo ese régimen mixto, no pueden esperar más que una condenación absoluta, pues la ley no es sólo un ministerio de muerte, sino también de condenación. El hombre se halla bajo la sentencia pronunciada por la ley y esta sentencia es irrevocable.

Todo hombre situado bajo la ley, no halla otra cosa que esto, pero Dios emplea este medio para convencerle de pecado, a fin de instruirlo acerca de su propio estado y conducirlo a reconocer que sólo la gracia de Dios puede proveer un sacrificio que le libre de la maldición de la ley. Por la venida del Señor, que trajo la gracia a los pecadores, todo el sistema de la ley –como medio de justificación– no cuenta.

El Evangelio de la gloria

Si la ley es un ministerio de muerte y de condenación, el ministerio cristiano es, como lo hemos visto, el del Espíritu y el de la justicia. Pero hallamos aun otra cosa en el pasaje que hemos leído: el Evangelio que el apóstol presentaba era el Evangelio de la gloria y traía el conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo (cap. 4:4-6). A menudo, en los escritos de Pablo se habla del Evangelio (o buenas nuevas) de la gloria. Muchos ven en ello solamente la idea de que el Señor, después de haber cumplido la obra de la redención, ascendió a la gloria. En efecto, esto es una buena nueva, pero el término va mucho más lejos. La gloria es el conjunto de todas las perfecciones de

Dios, puestas en luz desde la cruz. ¿Quién, pues, las hace conocer? ¿Dónde puedo verlas? En la faz de Jesucristo. En Él, Dios ha manifestado su odio contra el pecado, su justicia que debía condenarlo y lo condenó, en efecto, en la persona del Salvador. Allí manifestó Dios su santidad, una santidad que no puede ver el mal ni soportarlo en su presencia. Allí mostró Dios su majestad, la grandeza del Dios soberano que se digna tener en cuenta a sus criaturas. Allí hizo brillar Dios su amor, el punto culminante de sus perfecciones, un amor que ha tomado a nuestro favor el sublime nombre de la gracia. La gracia fue a buscarnos al fondo del abismo en el cual el pecado nos había hundido, a fin de salvarnos y conducirnos a Dios. He aquí lo que es el Evangelio de la gloria de Dios. En el capítulo 3:18, el apóstol nos muestra que todos podemos presentarnos ante esta gloria y compenetramos de ella. Para nosotros no existe más el miedo delante de esta gloria, pues la justicia de Dios ha sido plenamente satisfecha por el don de Cristo. ¿Cómo podrá esta justicia alcanzarme para condenación si, después de haber alcanzado a mi Salvador, lo ha hecho sentar a la diestra de Dios? Es una cosa pasada; el amor de Dios resplandeció una vez en mi favor. A menudo pienso en la palabra resplandecer. El amor ha sido manifestado y, de pronto, puesto en plena luz, en este lugar sombrío donde el Hijo de Dios, rechazado por los hombres, fue crucificado. ¿Puedo ver un amor más completo que el que fue mostrado en la cruz?

El apóstol compara ahora la gloria, manifestada bajo la ley, con la gloria puesta plenamente en luz bajo el régimen de la gracia. Toma para ello el ejemplo de Moisés (v. 7). Había cierta gloria bajo la ley, pero no la gloria. Podéis daros cuenta leyendo el capítulo 33 del Éxodo (v. 18), donde, después del pecado del becerro de oro, Moisés pide a Dios que le deje ver Su gloria. Jehová responde que esto no es posible (v. 20-23); Moisés no podía ver la faz de Dios; Éste permanecía solo en su propia gloria; la nube era su morada gloriosa y nadie podía penetrar en ella. Sólo bajo el régimen de la gracia los discípulos pueden entrar en la nube y oír al Padre que les habla de su Hijo. A pesar de aquella interdicción, Jehová hace conocer a Moisés todo su bien (Éxodo 33:19), es decir, parte de su gloria, en la medida en que ella podía ser revelada bajo la ley (cap. 34:6-7). Parecería, a primera vista, que aquí entramos bajo el régimen de la gracia. De ninguna manera Dios, quien no puede negarse a sí mismo, consiente en anticipar que Él es un Dios de misericordia, de bondad, de paciencia, pero, al mismo tiempo, un Dios que “de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación”.

Moisés, el mediador de la ley, fue, por así decirlo, el único hombre en Israel que no estuvo bajo la ley. Conocía algunos rasgos preciosos del carácter del Dios de gracia y podía gozar de ellos. En estas condiciones sale de la presencia de Dios y se presenta ante el pueblo (cap. 34:29-35). ¿Qué sucede? ¡Su rostro resplandece! Aquellos pocos rayos de la gloria de Dios que había recibido, brillaban en su rostro. La visión de esta gloria ¿cautivará al pueblo? Todo lo contrario: “tuvieron miedo de acercarse a él”. Temían la gloria porque contenía los elementos del juicio. Entonces Moisés pone un velo sobre su rostro. Este hecho es el punto de partida de todo nuestro pasaje.

Pero Moisés no pone un velo sobre su rostro solamente porque los hijos de Israel no habían podido soportar esta luz; lo pone a fin de que el pueblo no fijase sus ojos en la consumación de las cosas que debían tener fin. No debían ver la gloria. Si la hubiesen visto, tal como nosotros la vemos, habrían salido del régimen bajo el cual Dios los había colocado y habrían visto a Cristo en todas las ordenanzas de la ley. El régimen de la ley hubiese terminado y toda la continuación de los designios de Dios respecto de los hombres se hubiese visto interrumpida. Nosotros sí vemos en Su faz todo el conjunto de la gloria de Dios a nuestro favor y descubrimos en él cosas maravillosas. Dios se vale de estos descubrimientos para hacernos apreciar el tesoro que poseemos en Él y para llenarnos del deseo de imitar a nuestro modelo.

El apóstol nos muestra a continuación que este velo que está sobre la faz de Moisés se halla también, para los judíos, sobre las Escrituras. Es un juicio sobre ellos, según Isaías 6. Lo único que debían ver en las Escrituras era a Cristo, y ello era precisamente lo que no veían. Saben cuántas letras y sílabas componen las Escrituras, pero nada conocen de la persona del Salvador. Es lo que hallamos aquí: el velo está sobre el rostro de Moisés, el que habría podido informarles acerca de la gloria de Dios; está sobre las Escrituras, las que les habrían hecho conocer a Cristo y, aun más, el velo está sobre sus propios corazones (v. 15).

En cambio hoy ¡qué diferencia! ¡Podemos considerar a cara descubierta la gloria del Señor! El velo está quitado de la faz de nuestro Moisés, el Señor Jesús; podemos permanecer ante Él para contemplarle con plena libertad. Todo lo que Dios es, toda su gloria ha sido manifestada en el Hijo del hombre y en el Hijo de Dios por la redención. El resultado de esta contemplación es que somos transformados a su misma imagen. ¡Bienaventurados los creyentes que entran con esta plena libertad ante la faz descubierta de Jesucristo y están lo suficientemente interesados en Sus perfecciones para reproducirlas en su marcha aquí abajo. Tomad en cuenta estas palabras: “Nosotros todos, mirando a cara descubierta”. No hay velo alguno sobre la faz de Jesucristo, ni tampoco sobre nuestro rostro. Nuestros ojos están abiertos ahora; los de Israel serán abiertos más tarde, según Isaías 29:18 y según nuestro pasaje (v. 16): “Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará”.

En cambio hoy ¡qué diferencia! ¡Podemos considerar a cara descubierta la gloria del Señor! El velo está quitado de la faz de nuestro Moisés, el Señor Jesús; podemos permanecer ante Él para contemplarle con plena libertad. Todo lo que Dios es, toda su gloria ha sido manifestada en el Hijo del hombre y en el Hijo de Dios por la redención. El resultado de esta contemplación es que somos transformados a su misma imagen. ¡Bienaventurados los creyentes que entran con esta plena libertad ante la faz descubierta de Jesucristo y están lo suficientemente interesados en Sus perfecciones para reproducirlas en su marcha aquí abajo. Tomad en cuenta estas palabras: “Nosotros todos, mirando a cara descubierta”. No hay velo alguno sobre la faz de Jesucristo, ni tampoco sobre nuestro rostro. Nuestros ojos están abiertos ahora; los de Israel serán abiertos más tarde, según Isaías 29:18 y según nuestro pasaje (v. 16): “Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará”.

Amados, Dios nos ha abierto los ojos, pero nosotros debemos tenerlos abiertos. Podríamos cerrarlos fácilmente; entre las manos de Satanás, todo lo que hay en el mundo contribuye a cegarnos si no tenemos cuidado. Entonces, perdiendo de vista la gloria de Dios, quedamos frenados

y, lo que es peor, retrocedemos en nuestro desarrollo espiritual y el nombre de Cristo pronto es borrado de nuestros corazones para ser reemplazado por las cosas que nos acreditan a los ojos del mundo.

Capítulo 4

Versículos 1-6: Hay también un velo sobre los gentiles o naciones

Después de haber hablado de los judíos, el apóstol pasa a los gentiles o naciones. “Recomendándonos a toda conciencia humana, delante de Dios”. Pablo hacía lo contrario de lo que Moisés había tenido que hacer: irradiando la gloria que contemplaba en la faz de Jesucristo, se presentaba ante el mundo llevando sobre su rostro, como Esteban, el reflejo de esta gloria, fruto de la obra de gracia cumplida a favor de los pecadores: “Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (v. 3-4). Las naciones ¿cómo han recibido el Evangelio? También hay un velo sobre sus corazones. ¿No lo comprobamos acaso en el mundo que nos rodea y que, si bien lleva el nombre de Cristo, es enteramente extraño al Evangelio de su gloria? En efecto, Satanás ha logrado poner un espeso velo sobre el corazón de los hombres que se hallan en contacto con la plena luz del Evangelio.

El apóstol (v. 6) era un vaso elegido para llevar el Evangelio al mundo. Dios había hecho, en relación con él, una cosa maravillosa, infinitamente más grande que la misma creación del mundo – ¡y ciertamente la creación del mundo no es una cosa sin consecuencias! En la creación, cuando “las tinieblas estaban sobre la faz del abismo... dijo Dios: Sea la luz y fue la luz”. La luz atraviesa las tinieblas y, desde ese momento, brilla.

Pero, tocante al corazón del hombre:

“ Y la luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron
contra ella
(Juan 1:5).

A su vez, el apóstol describe así el estado de su corazón al convertirse: “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”. La luz de Dios, más radiante que la del sol en la creación, resplandeció en el corazón de Saulo de Tarso y de igual manera también en las tinieblas de nuestros propios corazones, para manifestarse allí en toda su plenitud. Es una nueva creación, tan superior a la primera como el cielo es superior a la tierra, una creación que no tiene por escenario el mundo entero, sino un pobre corazón humano débil y tenebroso, estrecho y limitado, al cual Dios ha hecho capaz de contenerle a El, así como a toda

la luz de su gloria que resplandece en la faz de un hombre. Las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas. Todo lo que Dios es en amor ha venido a habitar en el corazón de un hombre a fin de resplandecer.

Pero ¿con qué fin? No para que el apóstol (ni tampoco nosotros) la guarde para sí, sino para que brille y resplandezca desde dentro de sí sobre todos aquellos a los cuales el ministro de Cristo la presente. Sin duda que el apóstol gozaba de la luz profundamente de manera personal –y espero que nosotros también–, pero el fin de la luz es resplandecer hacia afuera, llenando con su resplandor los corazones en los cuales ha venido a brillar.

Quiera el Señor que apreciemos esta inmensa gracia. Aunque seamos débiles y no vasos elegidos, como el apóstol, Dios nos ha hecho depositarios de todo lo que Él es en la persona de Cristo, a fin de que le manifestemos exteriormente en nuestras vidas y que nuevas almas sean atraídas al conocimiento de su Persona o que otras sean animadas por nosotros en el camino de la fe y del testimonio.

Versículos 7-18: La personalidad del ministro o servidor

Cuanto más leo los capítulos 3 al 5 de esta epístola, más impresionado estoy del tema que tratan. Este tema es la gloria. Permitidme volver a él. Por lo demás, nunca hablaremos de él lo bastante, pues es preciso que todo creyente tenga la vista clara y limpia respecto a un asunto tan vital como éste. Entrar en la gloria es, sin duda alguna, penetrar en el lugar de la luz perfecta, pero estamos demasiado acostumbrados a considerar la gloria bajo este aspecto bastante vago, tanto que, para la mayoría de nosotros, la gloria es el cielo. Esto es tan cierto que continuamente oír decir a muchos hijos de Dios, cuando han perdido uno de sus seres queridos: Ha entrado en la gloria. A menudo estoy tentado de decirles: Os equivocáis; no está en ella, e ignoráis lo que es la gloria. ¿Por qué, pues, los santos que nos han dejado no están allá? Porque cuando nos dejan no son aún semejantes a Cristo. No se es como El –a pesar del gozo de su presencia– mientras estamos todavía ausentes del cuerpo. Cristo es el único hombre que, habiendo sido resucitado, ha alcanzado la perfección. Y la perfección de Dios, la perfección absoluta, el conjunto de las perfecciones divinas constituye la gloria. Se la puede ver en Cristo, quien, en su cuerpo glorificado, es el portador de todas esas perfecciones. Un santo que ha partido de este mundo está sin duda alguna fuera de la escena del pecado, gozando del reposo junto al Señor, pero no estará en la gloria sino cuando

“ El cuerpo de la humillación nuestra... sea semejante al cuerpo de la gloria suya (el del Señor) (Filipenses 3:21).

Hay, pues, aun “alguna cosa mejor” para nosotros, una perfección gloriosa –no alcanzada por los que nos precedieron– y en la cual entraremos todos juntos a su venida (Hebreos 11:40). Cuando abandonamos la vaguedad que se apodera tan fácilmente de nosotros en relación con las cosas celestiales, el pensamiento de la gloria tiene otro valor para nuestras almas. En estos capítulos se nos habla de la gloria del Señor (cap. 3), de la gloria de Dios (cap. 4) y de nuestra propia gloria (cap. 5). Cuando se trata de la gloria del Señor, reparad en todos los nombres que se Le dan en estos capítulos: el Señor, el Señor Jesucristo, el Cristo, el Salvador, Cristo; en una palabra, El es Jesús. El corazón del apóstol está tan absorbido por Su persona que, por así decirlo, no puede hacer otra cosa que mencionarlo con todos los nombres que le vienen a la mente para expresar lo que Jesús es para él y lo que debe ser para nosotros.

Hemos visto, al final del capítulo 3, que el gran privilegio cristiano es poder contemplar las glorias de Cristo, escondidas en otro tiempo, mas plenamente manifestadas ahora. Si un hombre justo, santo, un hombre de corazón tierno, guardara todas estas cualidades dentro de sí, ¿de qué servirían? La gloria no consiste en tener estas cualidades, sino en mostrarlas, en sacarlas a la luz. Y el punto culminante de la gloria es el amor. Si el Señor hubiese atravesado este mundo sin mostrar su amor, ¿dónde habría estado su gloria? En el capítulo 1 del evangelio de Juan, el apóstol dice: “Y vimos su gloria” (habla de Cristo, el Verbo encamado), “gloria como del unigénito del Padre”. Su gloria no podía ser medida sino por lo que había en el corazón del Padre al enviar aquí abajo a su Hijo único en favor de nosotros. Su gloria era su amor, pero su amor expresado bajo la forma de gracia y de verdad para el pecador. El apóstol podía decir, al considerar a este hombre anonadado por debajo del nivel de una mujer pecadora, en el pozo de Sicar, al ver a este hombre humilde, siervo voluntario de todos: “Y vimos su gloria”, pero esta gloria, por grande que haya sido su manifestación, no resplandeció con todo su fulgor cuando el Señor andaba entre los hombres. Por eso Él dice, hablando de su cruz:

“ Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él (Juan 13:31).

Y Dios quedó tan satisfecho con la manifestación de esta gloria que levantó a Cristo del sepulcro, lo colocó a su diestra y le dio una gloria que llena el cielo entero. Al entrar allí sin velo he visto el amor consumado ahora por su sacrificio, por no hablar más que de una de sus glorias. Si desciendo del cielo, en donde le he contemplado, ¿pensáis que yo pueda mostrar, en mis relaciones con los hombres, otra cosa más que amor? ¿Mostraré acaso un espíritu de odio, de animosidad o denigración? Aun más: ¿Pensáis que al salir de allí podré pasar por este mundo con indiferencia, como ocurre a menudo, ante la incredulidad de los hombres respecto de mi Salvador, con indiferencia ante sus propias miserias? Sufriré ¿no es cierto? pero sólo tendré un pensamiento: testificarles el amor. Es lo que veremos en el capítulo 5. Después de haber entrado en plena luz en la presencia del Señor, el apóstol dice: “El amor de Cristo nos constriñe”. Este amor me ha sido manifestado y ahora deseo manifestarlo a los demás. Mientras tanto, soy manifestado a Dios y espero serlo también a vuestras conciencias. He aquí lo que era la gloria para el apóstol.

Deseo aún hacer notoria una cosa en relación con este capítulo y de hecho con toda la segunda epístola a los Corintios. Podremos sorprendernos de que, pese a hablar Pablo de su absoluta falta de confianza en sí mismo y de su propia nulidad, la personalidad de Pablo esté en escena desde el principio al fin. Es que su tema es el ministerio y éste nos es mostrado en su persona. Él seguía fielmente a su Señor en el servicio de la Palabra, en las ayudas, las confortaciones, las consolaciones, los llamamientos dirigidos a las almas y en la represión del mal.

Si había venido a ser un ministro de Cristo, no lo había sido por su propia obra, sino absolutamente por la de Dios, y podía hablar de ella como de una nueva creación en la cual él no tenía parte alguna, así como la antigua creación no había sido tampoco la obra del mundo creado. Por eso tenía libertad para hablar de sí. El Dios que quiso que la luz fuera, quiso que Saulo de Tarso fuese portador del Evangelio en este mundo, por lo cual brilló en su corazón. Este Evangelio ya no es aquí la gloria de Cristo, sino la gloria de Dios. Todo lo que es el Dios invisible ha sido revelado en la faz de un hombre. ¡Maravilloso conocimiento dado al hombre! ¿Ha existido alguna vez algo parecido? Una mirada sobre Cristo hombre me hace descubrir a Dios en la plenitud de sus perfecciones y de su amor como Padre. Por eso el Señor dice a Felipe:

El que me ha visto a mí, ha visto al Padre
“ (Juan 14:9).

Ahora diré algunas palabras sobre los versículos 7 al 18. Hallamos en ellos, como queda dicho, la personalidad del ministro. Nos expone su historia moral, nos dice quién es personalmente como portador del ministerio de Cristo. ¿Acaso va a habernos de hablar de sus propias cualidades y perfecciones? De ninguna manera. Cuando al final de la epístola hable de lo que ha sufrido y de la manera en que ha debido realizar su apostolado, habla de sí, para añadir: “Hablo con locura” (cap. 11:21). Si está obligado a alabarse, se acusa de locura y no usa tal procedimiento sino para convencer a los corintios del extravío de los que buscan apartarlos del Evangelio.

Aquí, cuando habla de sí mismo, Pablo dice: “Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros”. ¡Vasos de barro! Lo más ordinario y común que existe. Un vaso de hierro vale más que uno de barro, uno de bronce más que uno de hierro y uno de oro o plata más que uno de bronce. Pablo se atribuye la calidad de una vasija de arcilla. ¿Por qué ha escogido Dios un envoltorio semejante para poner su tesoro? “Para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros”. ¿Qué habría sucedido si Pablo hubiese sido algo más excelente que una vasija de barro? Por un lado, habría podido atribuirse la excelencia del poder; por otro, el tesoro no hubiera podido resplandecer hacia afuera. Era preciso, pues, una vasija de tierra y, más aun, que ésta pudiera ser quebrada. Tenemos un hermoso ejemplo cuando los compañeros de Gedeón van a combatir a Madián. Sus antorchas estaban dentro de cántaros vacíos y, para hacer resplandecer la luz, quebraron sus cántaros. En el caso de Gedeón se trataba del combate contra el mundo; la luz que lograba la victoria no podía brillar con todo su resplandor sino excluyendo toda intervención de poder humano. En nuestro pasaje se trata de la influencia del ministerio sobre los hijos de Dios. El tesoro de luz y de vida que Dios quería comunicar a los corintios, lo contenía una vasija de barro.

Pablo describe de qué manera Dios lo tomó, no para quebrar completamente la vasija, sino para resquebrajarla solamente. La tribulación, la perplejidad, las persecuciones iban dirigidas contra la vasija y era preciso que esto fuera así, pero no estaba angustiado, ni desesperado, ni desamparado, porque Dios velaba sobre su tesoro, previendo el desarrollo de la vida de Cristo en los corintios. Dios cuidaba así de su amado siervo, a fin de que, por medio de él, la luz de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo penetrara en el corazón de sus hijos en la fe. Pero, si Dios obraba así en él, Pablo, por su parte, no permanecía inactivo. Así dice: “Llevando siempre por todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos”. Este llevando siempre por todas partes, es muy hermoso. El apóstol se mantenía activo para llevar a todo lugar y en todo momento la muerte de Jesús, es decir, el carácter moral

de Cristo cuando se ofreció a sí mismo a Dios, con obediencia perfecta. Lo hacía libremente y no dejaba perder un instante sin hacerlo. Quería que en todo se viera en él la muerte de ese hombre que vino a este mundo a morir, y el apóstol lo realizaba muriendo al pecado, al mundo, a la carne y a sí mismo, en una completa dependencia de Dios, separado por la muerte de todo aquello a lo cual él pertenecía en otro tiempo; así se ponía de manifiesto la vida que esta vasija contenía.

Pero, además, el apóstol muestra aquí que Dios tenía cuidado de hacer de por sí estas cosas, allí donde nosotros –pobres y débiles como somos– corremos el peligro de no realizarlas suficientemente. En efecto, ¿no hacemos continuamente la experiencia de que, si se trata de andar en la dependencia del Señor aquí abajo y de representar allí a Cristo, fallamos muchas veces ¡Cuán verdadero es esto y cómo me humilla! Pero Dios va a cuidar de mí. El apóstol dice: “Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal” (v. 11). ¡“Entregados a muerte”! No es el apóstol quien se entrega; ¡es Dios quien lo entrega! Como él lo dice en 1 Corintios 15:31: “Cada día muero”. Dios tiene cuidado de aplicar la sentencia de muerte a nuestras circunstancias. Es preciso que pasemos a través de dificultades, de duelo, de mala reputación, que seamos humillados de todas maneras, que estemos enfermos... y qué sé yo cuántas cosas más, a fin de que la vida de Jesús sea manifestada en nosotros. En esto hay una gran diferencia entre nosotros y el apóstol; éste no atravesaba tales cosas para sí, sino para sus queridos corintios. Así como lo hemos visto en el capítulo 1 consolado por los otros, le vemos aquí como una pobre vasija quebrada para los demás. Piensa tan poco en sí mismo que se goza de atravesar todo esto a fin de que esta luz pura de Cristo, contenida en una vasija de barro, pueda ser vertida en otros para llenarles de vida. Quien se acercaba a Pablo ¿qué veía? ¿al gran apóstol de los gentiles? No; antes bien a un pobre hombre exteriormente miserable, abofeteado por Satanás, que llevaba sobre su cuerpo estigmas que le hacían menospreciable a los ojos de los hombres; pero,

cuanto más se consideraba esta vasija quebrantada, tanto más se recibía su contenido, y este contenido era Cristo. Entonces el corazón estaba lleno de agradecimiento y de gozo.

Aún quisiera hacer resaltar algo en relación con los últimos versículos de este capítulo: “Por lo tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día” (v. 16). El hombre interior es siempre el nuevo hombre (Efesios 3:16; 4:23); él es renovado por el Espíritu. Hemos visto “la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”, después a Dios trabajando en su apóstol amado para que esta gloria se desborde hacia afuera, alcance y llene el corazón de los santos. Ahora aprendemos que Dios ha conducido

al apóstol a través de todas estas tribulaciones para hacerle gozar de esta gloria. También quiere que la gloria resplandezca en el propio corazón de su amado servidor. Éste pone sobre un platillo de la balanza las tribulaciones y, sobre el otro, la gloria. Inmediatamente la gloria baja con todo su peso hasta el fondo del corazón del apóstol para que tenga completo gozo de ella. La tribulación ha producido “un cada vez más excelente y eterno peso de gloria”. El corazón de Pablo no está solamente dedicado a manifestar exteriormente la gloria de Cristo, sino que también goza de ella personalmente en medida sobreabundante. ¡“Un eterno peso de gloria”! No creo que puedan emplearse palabras más fuertes y absolutas para expresar el gozo actual de la gloria. El apóstol no mira hacia el futuro, cuando podrá gozar de ella con perfección, sino que esa gloria llena ya su corazón. En este corazón al cual el mundo nada le puede ofrecer, que está quebrantado de diversas maneras, no hay lugar para otra cosa. La gloria soberanamente excelente lo ha henchido, personificada en un hombre glorioso en el cielo.

En el capítulo 5, el apóstol revela que habrá gloria para su cuerpo, pero aquí habla de la gloria para su alma. Pablo era un hombre que no fijaba sus ojos, como nosotros, sobre una cantidad de objetos de distracción de este mundo. Nos es suficiente atravesar una calle para hallar un millar de ellos. El apóstol no los tenía. Dice: “No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven” (v. 18). Las cosas invisibles no pueden contemplarse con los ojos del cuerpo, sino con los del alma. Cuando el Señor venga, le veremos con los ojos de nuestros cuerpos glorificados, capaces de captar todos los detalles de su gloria; pero ahora los ojos de la fe, del Espíritu, penetran más allá de esta esfera en la cual, por el momento, nos movemos; más allá de la niebla de esta tierra, ellos ven las cosas gloriosas que están en el cielo y van a fijarse en Jesús.

Así como el apóstol, nosotros podemos también realizar esto y ser llenos de un peso eterno de gloria si nuestros corazones están pendientes sólo de Él.

Capítulo 5

Versículos 1-8: Una casa eterna en los cielos

Al llegar ahora al capítulo 5, vemos que, a pesar de todas las maravillas que los capítulos anteriores nos han presentado –tales como contemplar al Señor, ser transformados a su imagen, comunicar su vida al medio que nos rodea, gozar de sus glorias en el alma– nos falta una aún: ser conformados a su persona. Ser conformados no es lo mismo que ser transformados. Nuestra transformación se realiza muy despacio, lo mismo que las crisálidas, las que parecen permanecer meses enteros en el mismo estado, aunque en secreto se realiza la transformación merced a la cual un día saldrá la mariposa. Para ser conformados a Él es preciso que le veamos con nuestros propios ojos. Por ello el apóstol aborda aquí la cuestión de nuestro cuerpo. El alma puede gozar del Señor, pero ¿qué será del cuerpo? “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos” (v. 1). En todas las epístolas, la palabra “sabemos” indica la absoluta certidumbre cristiana; pero no sé si la palabra “tenemos” os confunde como a mí me pasaba en otro tiempo. El apóstol presenta el cuerpo como una tienda que es destruida y podría creerse, según la palabra “tenemos”, que el edificio, nuestro cuerpo glorioso, nos está ya preparado con anticipación en el cielo. Esto no puede ser, pues nosotros entraremos en el cielo con el cuerpo que poseamos aquí, pero

Semejante al cuerpo de la gloria suya



(Filipenses 3:21).

Posteriormente comprendí que este pasaje hace alusión, por un lado, al tabernáculo, y por otro, al templo. El pueblo de Israel tuvo durante largo tiempo, aun después de su entrada en Canaán, una tienda en lugar de casa, a saber, el tabernáculo que Moisés erigió en el desierto. Sin embargo, esta tienda no debía durar siempre. Cuando Salomón edificó el templo, transportó todos los utensilios del tabernáculo, el cual desapareció a su vez. Todo lo que había contenido, en adelante formó parte del templo. Era la misma casa y, sin embargo, una era pasajera y la otra subsistía gloriosa. A pesar de esto, el templo de Salomón estaba destinado a la tierra; era solamente una imagen de las cosas celestiales; pertenecía a “esta creación”, era “hecho de manos” (Hebreos 9:11). Hoy, en cambio, tenemos un tabernáculo en el cual Dios habita, pues nuestro cuerpo es su templo; pero, así como el tabernáculo, este cuerpo puede ser destruido. Solamente que “sabemos” –y esto de una manera absolutamente cierta, por la fe– que, si es destruido, será reempla-

zado por una casa eterna en los cielos. Será la misma casa, pero no de esta creación. El Espíritu de Dios habitará en ella en gloria, así como actualmente habita en flaqueza en nuestra casa terrenal. El apóstol se regocija pensando que, si su débil tienda es destruida, su casa futura durará eternamente en el cielo.

Al fijar los ojos en Jesús, el apóstol veía lo que había pasado con el Señor y lo que, en consecuencia, debía pasar con todos nosotros. “Destruid este templo” –había dicho Jesús– “y en tres días lo levantaré” (Juan 2:19). Había venido a este mundo para dejar su vida y, en consecuencia, el hombre podía quitársela. El templo de su cuerpo podía ser destruido, pero Él tomó en la resurrección un cuerpo glorioso. Este cuerpo en que habitó aquí sin trazas de pecado, era un cuerpo santo, pero no glorioso; lo fue por la resurrección. El apóstol mira hacia el cielo, ve allí a Jesús en su cuerpo glorificado y puede decir: Tengo una casa que me pertenece, la cual está en el cielo. Otro hombre ha sido ya revestido de ella y también yo lo seré, y esto llenaba de gozo su corazón. Dice: “Por esto también gemimos”. Esta casa terrenal es, en efecto, un lugar en el cual se oyen muchos suspiros, en el cual corren muchas lágrimas; pero añade: “deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial”. Su tema es la destrucción de esta tienda, en la cual gime, pero la muerte no es para nada lo que espera. Su deseo no es ser desnudado, sino revestido, a fin de que lo mortal sea absorbido por la vida. Espera al Señor Jesús, cuya venida, luego de resucitar a los santos que durmieron en Él, transformará los cuerpos mortales de los que vivimos, sin que tengamos que pasar por la muerte. Éste era el deseo del apóstol. Sin que su casa terrenal tuviera necesidad de ser destruida, deseaba ser tal como Cristo, junto a Él y eternamente con Él. Esta esperanza positiva y actual, sin embargo, no le hace perder de vista que el tiempo de dejar su tienda puede estar próximo. Y pregunta: ¿Será una pérdida para mí? ¡Lejos de ello!; “vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor”. ¡Esto es una pérdida!, por lo cual agrega: “Confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor”. Es el estado del alma separada del cuerpo. Si es preciso morir, estará presente con el Señor. ¿Qué escogerá? No escoge nada. Está contento de andar por la fe, no por la vista. Hay una cosa que estima más, por la que está deseoso: ser revestido. La misma alternativa se le presenta en la epístola a los Filipenses (cap. 1): si debo quedar, es para Cristo, y merece la pena servirle; pero morir es ganancia; mi deseo es, pues, partir y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor.

El apóstol se encuentra aquí ante tres alternativas: ver su tienda destruida y resucitar inmediatamente para obtener una casa no hecha de manos, eterna en los cielos; ser revestido a la venida del Señor desde su domicilio celestial, sin pasar por la muerte; y dejar esta tienda y estar ausente del cuerpo, en un estado que no es perfecto, pero estar presente con el Señor. Incluso la tercera alternativa le es suficiente, y entonces puede decir: “lo cual es mucho mejor”.

Si, volviendo sobre nosotros otra vez, nos preguntamos cómo se comporta nuestra alma frente a estas tres alternativas, ¿qué responderemos? Ante la alternativa de la muerte, ¿decimos: Estoy contento de cambiar esta pobre casa por otra que es gloriosa y que conozco bien, puesto que mi Salvador se ha revestido de ella? ¿Decimos, acaso: Espero al Señor de un momento a otro? Dios no me ha formado para morir, sino que me ha hecho “para esto mismo”, es decir, para ser revestido, a fin de que lo que es mortal sea absorbido por la vida y tengo ya su Espíritu como arras de mi esperanza (v. 4-5). ¿Decimos, por último, cuando la muerte se presenta ante nosotros con el pensamiento de una resurrección más o menos retardada, que preferimos estar ausentes del cuerpo y presentes con el Señor? ¿A qué se debe, amados hermanos, que experimentemos tan poco estas cosas? Podemos verlo en todo este pasaje: la persona del Señor Jesús no tiene para nosotros el valor que debe tener, el valor que tenía para el apóstol Pablo. Cristo era la esperanza diaria de su alma, su corazón sólo estaba pendiente de Él; en todo el mundo no había otro objeto que pudiera atraerle. Para él, vivir era Cristo y su corazón no tenía lugar para alojar otra cosa.

¿Vibramos de gozo ante la idea de que de un momento a otro el Señor puede venir, mas también que puede llamarnos a dejar nuestra tienda para ir a esperar junto a Él la perfección en la cual Él mismo entró y en la cual seremos sus compañeros eternamente?

Versículos 9-12: El tribunal de Cristo

Según la observación de otros, ^veste capítulo es el único en el Nuevo Testamento en el cual la palabra “nosotros” es empleada indistintamente para todos los hombres, mientras que en todos los demás sitios solamente se usa en relación con los creyentes. Es preciso, pues, distinguir en este capítulo qué actitud tienen los creyentes o los no creyentes ante los grandes hechos que conciernen indistintamente a todos los hombres: el pecado, la muerte, el juicio. Esta observación es de muy grande importancia para la predicación del Evangelio.

Hemos visto, al principio de este capítulo, que todos los hombres deberán comparecer ante Dios. El apóstol lo deseaba para sí; no es que deseara ser desnudado de su cuerpo, aun admitiendo que ello pudiera tener lugar, sino que su deseo era ser revestido de su cuerpo glorioso. Que el Señor

viniera cuando él —el apóstol— estuviera acostado en el sepulcro, o cuando estuviera vivo en este mundo, lo que esperaba era ser revestido de un cuerpo glorioso para presentarse ante Dios. Pero muestra, al mismo tiempo, que es preciso que todos los hombres resuciten “pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos” (v. 3). Todos deberán presentarse corporalmente ante Dios, pero unos estarán revestidos de un cuerpo glorioso y los otros estarán simplemente vestidos de un cuerpo resucitado; los primeros tienen parte en la primera resurrección; la resurrección de los segundos, que tendrá lugar mucho más tarde, es llamada la muerte segunda. Se puede estar vestido de un cuerpo resucitado y, sin embargo, ser hallado desnudo ante Dios, es decir, en un estado en el cual el juicio de Dios debe, necesariamente, alcanzar a los hombres. Cuando Adam, después de la caída, creía haberse vestido, se encuentra desnudo ante Dios, y ésta fue su condena. Siempre es así: el hombre que es hallado desnudo ante Dios, debe sufrir las consecuencias; por ello Dios, que quería salvar a Adam, lo vistió de pieles de animales sacrificados. Cuando los creyentes se presenten ante Dios, estarán vestidos no solamente de un cuerpo resucitado, pues éste no podría garantizarles nada, sino revestidos de un cuerpo glorioso, semejante al de su Salvador, revestidos de la gloria que Le pertenece, revestidos de la misma justicia de Dios. ¿Cómo no nos recibirá Dios revestidos de todas las cualidades gloriosas que son la parte de su Amado? ¡Sería preciso que rechazara a Cristo!

En lo que hemos leído hoy hallamos una segunda verdad que concierne a la vez a los creyentes y a los no creyentes: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (v. 10). Así como hay dos resurrecciones, hay también dos comparencias ante el tribunal de Cristo. Si se trata de la resurrección de los malos —llamados muertos la Escritura nos enseña que serán vestidos de un cuerpo resucitado, a fin de comparecer ante el “gran trono blanco” levantado cuando no se halle lugar ni para la tierra ni para el cielo (Apocalipsis 20:11-15). Este trono, para ellos, es el tribunal de Cristo. Allí está sentado el Señor Jesús para juzgar, pues la Palabra dice que Dios lo ha establecido juez, no solamente de los vivos sino también de los muertos. Y, por más que sean resucitados, estos hombres son muertos. Ante ese tribunal son abiertos los libros: por un lado, *el* libro de la vida, por el otro, los de las responsabilidades. Ni una palabra sale de la boca de los que se encuentran ante el tribunal. Son juzgados según sus obras si no se les halla escritos en el libro de la vida.

Hay un segundo carácter del tribunal que tiene relación, de una manera exclusiva, con los hijos de Dios:

Es preciso que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de
Cristo.



Llegará un momento para nosotros, los creyentes, en el cual todo lo que hayamos hecho será manifestado en plena luz, ante el tribunal de Cristo, en la presencia de Dios, donde nada, absolutamente nada, podrá esconderse. Toda mi historia, desde el principio hasta el momento en que a Dios le plazca llamarme, será puesta de manifiesto. Cuántas veces oímos a creyentes que nos preguntan: ¿Será preciso, entonces, que mis pecados pasados, de los cuales me arrepentí, sean también puestos a la luz ante el tribunal? Sí, mis queridos amigos, todos debemos ser manifiestos ante esta luz perfecta. ¿Por qué temen los creyentes tal comparecencia? ¿Piensan en el momento en el cual todos los ojos vean desarrollarse su historia del principio al fin, todas sus faltas ocultas, todas las cosas censurables u odiosas de su marcha terrenal, que ni sus mismos íntimos conocían! Es perfectamente cierto que esto será así. Todas las miradas de las santas miríadas contemplarán mi vida pasada y conocerán hasta su más pequeño detalle. Pero hay una cosa mucho más seria, en la cual los creyentes piensan poco: bajo los ojos de Dios, ¡todo lo que ellos hayan hecho será manifestado en plena luz ante el tribunal de Cristo!

¿En qué calidad seré allí manifestado? Hemos visto ya que los hombres, manifestados como pecadores, deberán sufrir las consecuencias de sus obras. Nosotros, los cristianos, seremos manifestados con el mismo carácter que el Juez, revestidos de todas sus perfecciones en un cuerpo resucitado con gloria. No temeremos en manera alguna lo que la luz proyectará sobre nuestra vida pasada, pues sabemos ya que la gracia de Dios ha hallado medio, a través de todas nuestras miserias, de glorificarse, de extraer gloria aun de nuestros pecados, haciéndonos pasibles de su disciplina o castigo en este mundo, pero para conducimos, finalmente, allí donde quiere tenernos, en la gloria de Cristo. He aquí, queridos amigos, lo que me hace sentir feliz cuando pienso en el tribunal. Si mi vida no fuera mostrada con todos sus detalles, la gracia de Dios, que ha logrado, a pesar de todo, introducirme en esta gloria, no sería plenamente revelada. Esto sostiene el corazón. En lugar de temer que mis miserias sean manifiestas por la luz, pienso que Cristo ha sido glorificado a pesar de todas mis faltas. ¿Cómo no voy a gozarme? Si la gracia de Dios no hubiese estado allá, a lo largo de mi carrera, ¿cómo hubiese llegado a la salvación y a la victoria final?

¿Cuál es la causa de que un creyente tenga miedo del tribunal de Cristo? El hecho de que su conciencia no está tranquila. En una conferencia a la que asistí, el hermano encargado de dirigirla dijo, en voz baja a algunos que le rodeaban: Nunca he visto a un creyente en mal estado espiri-

tual que no tenga objeciones que suscitar en relación con el tribunal de Cristo. En el mismo instante, en un extremo de la sala, un obrero del Señor, cuyo estado moral era motivo de inquietudes (aprehensiones que fueron confirmadas posteriormente), se levantó y dijo: Quisiera formular una pregunta acerca del tribunal de Cristo. ¿Piensan ustedes que los pecados cometidos por los creyentes en el curso de su vida vuelven todos a la memoria? No hubo respuesta; su pregunta daba en realidad la contestación.

Hallamos aquí, como en otros lugares, que cada creyente recibirá ante el tribunal de Cristo las cosas hechas en el cuerpo, según lo que haya hecho, sea bueno o malo. Cada cual recibirá una recompensa o experimentará una pérdida, según la manera en que haya servido al Señor en la tierra. Al que anda mal no puedo decirle: De todas maneras serás salvo. Más bien le pregunto: ¿Dónde estará tu corona? ¿Qué lugar ocuparás en la gloria? ¿No experimentarás una pérdida? ¡Y qué pérdida! Esto le sucederá a todo creyente que no anduvo a la altura de su vocación. Por ello el Señor dice a Filadelfia: “Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”. La corona acordada a la fidelidad puede sernos tomada y dada a otros. Tal es el significado de las palabras “reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo”. Si he perdido mi corona, si he deshonrado a Cristo, ello será para mi vergüenza y confusión en el momento en que recuerde que deberé comparecer ante el tribunal, pero, cuando llegue allá, seré el primero en declarar que esta sentencia es justa, para gloria del Dios santo y de su Cristo. Me consuelo pensando que en ese momento, si Dios toma lo que mi fidelidad habría podido conseguir y lo da a otro, cuya piedad quizá era poco apreciada por mí, ello será algo justo que glorificará perfectamente al Señor.

¿Qué debo hacer, pues, ante la expectativa del tribunal? He de realizar por un lado lo que dice el apóstol: “Conociendo, pues, el temor del Señor”, y por el otro: “a Dios le es manifiesto lo que somos” (v. 11). Precisamos estar desde ahora a la luz del tribunal, y no esperar a estarlo en el cielo para presentarnos ante ella. Es lo que hallamos aquí. Pablo vivía su vida a la luz plena del tribunal de Cristo. Sin hacerse ilusión alguna, veía y conocía que en él no habitaba el bien, es decir, en su carne; se juzgaba a fondo continuamente. Como no tenía confianza alguna en él, no se apoyaba en cosa alguna que pudiera tener en sí, pero una cosa quería: ser manifiesto a Dios. Como dice el Salmo 139: “¡Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón!” Imaginaba al tribunal aquí abajo y deseaba saber, antes de presentarse en el cielo, si había en el fondo de su corazón algún “camino malo” a fin de ser guiado “en el camino eterno”. Su alma se hallaba continuamente en la presencia de Dios y quería ser conocido por Él, no deseando otra cosa sino que Dios continuara

teniéndola, a cada instante, bajo la plena luz de su rostro a fin de hacerle descubrir todo lo que pudiera ser una trampa que le alejara de Dios y también de todo lo que pudiera hacerle perder la recompensa del testimonio cristiano.

Notad bien esto: el apóstol podía adjudicarse este testimonio: “A Dios le es manifiesto lo que somos y espero que también lo sea a vuestras conciencias”.

¿Es éste nuestro caso? ¿Vivimos ante Dios y ante los hombres de forma tal que no ocultamos nada ni al Uno ni a los otros? El apóstol lo hacía; tenía conciencia de la seriedad del tribunal de Cristo, pero este pensamiento le dejaba perfectamente tranquilo y gozoso y al acabar su carrera podía decir con seguridad:

Por lo demás me está guardada la corona de justicia



(2 Timoteo 4:8).

Ahora vuelve de nuevo al tema de su ministerio. El pensamiento del tribunal ¿qué ha producido en Pablo como ministro de Cristo? Si bien a él no le inspira temor alguno, sabe que es algo terrible para los pecadores comparecer ante el trono del juicio. Este pensamiento le impulsa a emplear toda la potencia de persuasión que Dios le ha dado, para mostrar a los hombres cuánto debe ser temido el Señor y convencerles de no dejar para más tarde la comparecencia ante Dios. Pero no todo lo es el temor; en el versículo 14 añade: “Porque el amor de Cristo nos constriñe”. El temor del Señor y el amor por Cristo son los dos grandes motivos para aquel que presenta el Evangelio. Podemos hablar de este amor, puesto que nosotros somos los objetos de él, y podemos hablar de este temor puesto que lo experimentamos. Pero el temor, para nosotros, no es el miedo de hallar al Dios justo, sino el temor de desagradarle. Si el resultado del tribunal fuera reproducido actualmente en nuestras almas, cuán impulsados nos sentiríamos de dirigirnos a los hombres para decirles: «Huid de la ira que vendrá». Dios nos ha enseñado a huir de ella y nos ha librado de ella. Haced como nosotros; aprended, mientras hay tiempo aún, a juzgaros a vosotros mismos, para que no seáis entregados a juicio. El apóstol hablaba así; él persuadía a los hombres. El amor de Cristo le acuciaba sin tregua ni reposo. Toda su vida la pasó dirigiéndose a los pecadores, a fin de conducirlos a recibir la salvación gratuita que Dios les ofrecía por medio de Cristo.

“El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (v. 14-15). Hallamos aquí, de nuevo, a creyentes y no creyentes comprendidos

en la misma categoría. Si Cristo ha muerto por todos, convertidos e inconversos, es prueba de que todos están muertos. Si un solo hombre hubiese podido ser exceptuado de esta muerte moral de todos los hombres, Cristo no habría tenido que morir por todos. ¿Han escapado algunos de las consecuencias de esta muerte moral?

Sí: los que han aceptado, por la fe, el sacrificio de Cristo, éstos viven. Pero, si el Señor ha muerto por todos, ¿por qué no viven todos? ¿Cuál es, pues, el obstáculo que se opone a la salvación de todos los hombres? El único obstáculo es la voluntad del hombre.

La vida cristiana consiste, queridos amigos, en no vivir para sí mismo. Si esa vida es bien comprendida, el egoísmo del corazón natural del hombre pecador no tiene más lugar en ella. El fin que Dios se ha propuesto al darnos la vida eterna por la fe en Cristo es que no vivamos para nosotros mismos. Dios nos ha dado, en la persona de Cristo, un objeto para nuestros corazones: Aquel que murió y resucitó por nosotros. ¿No vale la pena vivir para tal hombre?

Hemos considerado cuál es la actitud del mundo y cuál la de los cristianos en relación con tres cosas: el pecado, la muerte y el juicio. Cuando el pecador es situado ante estas tres cuestiones, su estado es absolutamente desesperante y no debe aguardar otra cosa más que la miseria eterna. Para el creyente es distinto. ¿Dónde están sus pecados? ¡Borrados!, pues el problema del pecado ha sido resuelto para nosotros en la cruz, donde Cristo fue hecho pecado en lugar de nosotros. Si se trata de la muerte, para nosotros es la antecámara de la resurrección o, aun mejor, la muerte es como un accidente en nuestro camino, pues la realidad es la resurrección. El apóstol sabía estas cosas: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”. El poder de la muerte está tan abolido para nosotros como el poder del pecado. Queda aún el juicio. El tribunal de Cristo es una cosa infinitamente bendita para el creyente, el cual sabe que la gracia lo ha acompañado ante ese tribunal. Allá, todo lo que él hizo, en sus más pequeños detalles, está colocado como un cuadro ante los ojos de los santos glorificados, ante los ojos de los ángeles, ante los de Dios y ante los de Cristo. Dios lo pone todo en plena luz, no para hacernos llevar el juicio de nuestras faltas, sino para glorificar su gracia.

Sin embargo, hay otra cosa que no debemos olvidar: nuestra conducta en este mundo tendrá efectos eternos cuando estemos en la gloria; no para nuestra condenación, sino porque el tribunal de Cristo es el lugar de las coronas y las recompensas. El apóstol sabía, al fin de su larga carrera, que había una recompensa, pues dice: “por lo demás me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día” (2 Timoteo 4:8). No hay duda de que no somos llamados a servir al Señor como mercenarios, por una recompensa, sino a serle agrada-

bles con nuestra conducta, de manera que ante su tribunal podamos oír las palabras de su boca: “Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu señor”, en lugar de oír otras: Tú has sido infiel; te había preparado una corona, pero no puedo dártela; la doy a otro en tu lugar y tú te verás privado de ella.

El apóstol Pablo estaba seguro de tener una hermosa corona de gloria: debían formarla todos aquellos a quienes había conducido a Cristo. Otros creyentes que vivieron para sí, o para el mundo, acomodándose a sus ideas, a sus planes y a su conducta en lugar de cuidar las almas con las cuales el Señor les relacionó, ¿qué corona podrán obtener en la gloria? Por ello el Señor se sirve de esta perspectiva para animarnos o hacemos conscientes de nuestra responsabilidad. No basta saber que el tribunal de Cristo no es un lugar de condenación eterna; es solemne pensar que al final de nuestra carrera terrenal podremos comparecer ante el tribunal sin recibir ningún testimonio de la satisfacción de nuestro amado Salvador respecto de lo que hayamos hecho por El.

Versículos 13-21: El ministerio de la evangelización

Después de esta recapitulación, consideremos el texto que acabamos de leer: “Porque si estamos locos, es para Dios; y si somos cuerdos, es para vosotros” (v. 13). Tal vez os sorprenderá si os digo que esto debería caracterizarnos. No se trata de que seamos llamados a “estar locos” (o “estar fuera de sí”, según otras versiones), tal como el apóstol Pablo; Dios le dio este ánimo en su carrera tan laboriosa y sembrada de dificultades; pero tenemos aquí el ejemplo de un hombre en el cual el yo, el egoísmo del corazón natural, no desempeñó ningún papel. Cuando estuvo en éxtasis, no fue para él sino para Dios; si tenía sensatez, no era para él sino para sus hijos en la fe. Así, la vida del apóstol estaba dividida entre Dios, a quien podía visitar en el cielo, y sus queridos corintios, no pensando más que en ellos cuando era sensato. ¿Cómo podía tener lugar semejante cosa? El amor de Cristo le apremiaba y se había apoderado de él. Tal era la causa y el resorte que movía esta vida. Pero dos motivos llenaban el corazón de Pablo en cuanto a su actitud hacia el mundo. Cuando pensaba en el tribunal, pensaba primeramente en los hombres. ¿Qué les sucedería cuando tuvieran que presentarse ante el trono del juicio? Sabía cuánto debía ser temido el Señor y qué efecto ejercerá sobre los pecadores. Entonces les dice: ¡Cuidado con el tribunal! Pero, por otra parte, tenía que hablarles de un amor que conocía a fondo, pues sabía cuál era el amor de Cristo hacia él.

Todo el final de este capítulo continúa el gran tema del ministerio. En los capítulos precedentes hemos visto cómo el apóstol ejercía su ministerio a favor del pueblo de Dios; pero tal no es su único carácter. Aquí el ministerio se proyecta hacia afuera, hacia el mundo, y dice a los hombres estas pocas palabras: Tened cuidado con el juicio de Dios, pues es una cosa seria cuyas consecuencias son eternas. Abrid los ojos y los oídos para ver y oír lo que es el amor de Cristo. “El amor de Cristo nos constriñe”. No se trataba de su amor por Cristo que llenaba su corazón, sino del amor de Cristo mismo. Mi amor por Cristo es un sentimiento tan incompleto que no alcanzará jamás a llenar mi corazón. Cuanto más avanzamos en la vida cristiana, tanto más vemos cuán restringido es nuestro afecto hacia El, comparado con su amor, el cual fue mostrado en la cruz, el que Él muestra diariamente por medio de sus cuidados de Pastor y Sacerdote y el qué ha de mostrar también en el porvenir, cuando tenga lugar su coronación en la gloria, donde estaremos con Él, tales como Él, para siempre.

“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron”. Tal es, en una palabra, la base, el asiento de todo el Evangelio. Todos son muertos a los ojos de Dios (pues a nuestros propios ojos no lo somos jamás) y esto es probado por el hecho de que el Señor Jesús vino a morir por todos. No existe ni una chispa de la vida de Dios en el corazón del hombre pecador; está muerto. Pero Cristo vino para someterse a la muerte por todos y, al resucitar de entre los muertos, nos franqueó el camino de la vida, dándonos su propio lugar en una vida nueva, en una vida de resurrección, “para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”. Permitidme volver al asunto que ocupó nuestra atención anteriormente. ¿Cómo hemos de vivir en lo sucesivo nuestra vida aquí, en la tierra? ¿Qué haremos? Notad, queridos amigos, que aquí hallamos la característica absoluta del cristiano, según los pensamientos de Dios. ¡No vivir ya para sí, sino para Cristo! ¿Puede hacer esto el hombre pecador ¡Jamás! Leed en Oseas 10:1: “Israel es una frondosa viña, que da abundante fruto para sí mismo”. Así es el hombre. En otro pasaje se dice:

“ los que gorjean al son de la flauta, e inventan instrumentos musicales como David (Amos 6:5).

El profeta evoca a David, el gran inventor de instrumentos para acompañar la alabanza a Jehová. El hombre puede inventar, lo mismo que David, instrumentos para el canto, pero se sirve de ellos para sí.

¿Queremos tener este carácter? ¿Nuestras conciencias no nos dicen, acaso, que, como objetos de tal amor, todo lo deberíamos sacrificar por Cristo y no vivir en lo sucesivo para nosotros mismos? ¿No es cierto que cada uno de nosotros puede aplicarse esta palabra? Si entre nosotros exhorto a mis hermanos y hermanas para que lo hagan, estad ciertos de que yo me exhorto a mí mismo y no me reconozco derecho alguno para ofrecirme como ejemplo a los demás. Y, sin embargo, en este mundo hallaréis tales ejemplos. Cuántos de ellos conozco; creyentes muy sencillos y muy consagrados, de los cuales Dios ha dado testimonio de que no habían vivido para sí, sino para Aquel que por ellos murió y resucitó.

Es bueno que hagamos una pausa para que todos, sin excepción, examinemos nuestra conciencia a la luz de la presencia del Señor. ¿Hemos comprendido con qué finalidad murió y resucitó por nosotros, con qué objeto nos comunicó una vida nueva, capaz de amar, de consagrarse y de servirle? Tenemos necesidad de que Él nos exhorte a ello, pues sabe muy bien cuán débiles y torcadizos son nuestros corazones. No olvidemos estas palabras: “para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”.

Como lo hemos hecho notar, el capítulo 5:13-21 nos presenta un nuevo aspecto del ministerio: la evangelización. Si algún pasaje del Nuevo Testamento puede darnos luz sobre la inmensa importancia de la predicación del Evangelio, éste es, sin duda, uno de los más importantes. Hemos visto también que la cuestión de la muerte es como la base misma del Evangelio. No puede presentarse una salvación completa, con toda su fuerza y poder, sin presentar lo que le sirve de punto de partida: la muerte del pecador, que es en lo que falla gravemente la evangelización actual. Si hablo de la gracia de Dios en Cristo, sin establecer el gran hecho de que a los ojos de Dios el hombre está enteramente muerto en sus faltas y pecados, debilito la fuerza del Evangelio mismo. Uno puede haber recibido la verdad de que es un pecador y que tiene necesidad de perdón y, pese a ello, tener un evangelio muy incompleto. Por cierto, no digo que un alma no se salva de esta manera –ya que toda alma que recibió el perdón de sus pecados es salva– pero está aún lejos de la realidad del Evangelio tal como era predicado por el apóstol Pablo. Como lo hemos visto, si la base del Evangelio es la ruina irremediable del hombre, la fuente de todo es el amor de Dios en Cristo. El apóstol conocía este amor maravilloso y su alma lo había captado y comprendido de tal manera que se sentía impulsado a hablar de él a los hombres. Juntaba estas dos grandes verdades del Evangelio, la muerte y el amor: “uno murió por todos, luego todos murieron”. Ésa era la prueba evidente de que en el alma de cualquier pecador no hay ni un destello de la vida de Dios, pero que su amor ha hallado el medio de sustituirnos a todos por un solo hombre, venido

a situarse en la posición en que estábamos y a llevar todas las consecuencias de ese acto. Así es que murió. ¿Por quién? Por todos. Su amor lo hizo descender aquí y sustituimos bajo la sentencia de muerte. Pero Dios no podía dejar en la muerte a su Hijo amado, al cual esa obra le había costado todo, incluida su propia vida. Entonces, así como Dios lo había dado por nosotros, lo resucitó también por nosotros. “Aquel que murió y resucitó por ellos”. Ahora sé que poseo una vida nueva, una vida de resurrección, porque Cristo resucitó por mí, así como también sé que yo estaba muerto en mis delitos y pecados, porque Cristo murió por mí –no porque, notadlo bien, yo me sienta muerto (al contrario, me siento muy vivo)–, pero, al ver a Cristo, he aprendido lo que yo era y lo que he venido a ser en virtud de su obra. Tal es la sustancia del Evangelio. Nos muestra que el amor de Dios ha situado a su Hijo donde nosotros estábamos y que este amor resucitó a nuestro Sustituto, dándole una vida de resurrección, a fin de que seres tales como nosotros puedan poseer esta vida. Y ahora el apóstol añade: “para que los que viven, ya no vivan para sí”. Hemos insistido mucho sobre esta verdad. Desde el momento en que comprendo todo el valor de la obra de Cristo, soy introducido en una esfera en la que el egoísmo está excluido. El hombre pecador se hace siempre el centro. A menudo se le ha comparado a una piedra tirada al agua; los círculos se forman a su alrededor cada vez más extendidos, cada vez más alejados, pero la piedra permanece como centro. Cuando al recibir una vida nueva fui liberado de ese estado, hallé otro centro que no soy yo, un objeto para mi corazón, el cual es Cristo. Ello caracteriza, por así decirlo –si es que él está consustanciado con su cristianismo– al cristiano ideal a los ojos de Dios: un hombre apartado de sí mismo que ha hallado para su corazón un objeto fuera de él, otro centro, alrededor del cual todos sus pensamientos pueden converger en lo sucesivo. En la epístola a los Gálatas, el apóstol se expresa así: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí”. El creyente ha hallado un objeto digno de ocupar todo su corazón, Jesús, el cual le ha revelado el amor, y con qué gozo es liberado de sí para pertenecerle.

Estos pensamientos en los cuales no podemos detenemos más extensamente, nos conducen a los versículos que hemos leído: “De manera que nosotros de aquí en adelante, a nadie conocemos según la carne”. Un cambio completo se ha operado en mi vida. He sido introducido en relaciones completamente nuevas o, para hablar más exactamente, las relaciones en las cuales me hallaba han tomado un nuevo carácter. El cristianismo no me ha hecho salir de mis antiguas relaciones según la naturaleza, entre padre e hijo, entre marido y mujer, etc., pero ellas han cambiado de carácter por completo, de suerte que puedo decir: “A nadie conocemos según la carne”. Halláis en la epístola a los Efesios: “Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres”. A esto se de-

be que el carácter de la relación sea otro. Es importante que nos demos cuenta de ello. Nuestras relaciones, y no solamente las familiares –es muy sencillo que las de la familia cristiana sean diferentes de las de la mundana– sino también las que tenemos diariamente con los hombres del mundo han cambiado completamente. ¿Cómo las consideraremos? ¿Podemos decir: “A nadie conocemos según la carne”? ¿Es que los lazos no existen más, tales como en otro tiempo, porque ahora los conocemos sólo a la luz de Cristo? Y cuando tenemos que tratar con nuestros amigos de otro tiempo ¿decimos, como el apóstol: “El amor de Cristo nos constriñe”? En este pasaje él habla precisamente de sus relaciones con los hombres. Como ha juzgado que son muertos, como nosotros lo estábamos en otro tiempo, podemos presentarles ahora la verdad del Evangelio, por la cual hemos recibido una vida nueva.

Nueva creación en Cristo

El apóstol añade: “y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así”. Notad estas palabras: “ya no”. Antes, los discípulos judíos habían conocido a Cristo según la carne. Era el Mesías, el Rey prometido, venido al mundo para ser presentado a su pueblo según la carne. Pero había sido rechazado y el apóstol no lo conocía más como objeto de la esperanza judía. Lo mismo ocurría en sus relaciones con los de su nación, sus “parientes según la carne” (Romanos 9:3), aunque él amaba tiernamente a ese pueblo, no los conocía más así. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (o como dice el texto griego original: “De modo que si alguien está en Cristo, es nueva creación”). Estar en Cristo: todo el secreto del cambio operado en nosotros reside en eso ¡ya no estoy más en Adam sino en Cristo! Una nueva creación fundada sobre una vida nueva, por la resurrección de Cristo de entre los muertos: “las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas”. ¿Es verdaderamente nuestro caso, en la práctica? ¿En todas las relaciones con el mundo que nos rodea nos consideraremos como no estando en la carne, sino como pertenecientes a un nuevo orden de cosas? “He aquí todas son hechas nuevas”; la escena en la cual vivo en lo sucesivo no es el mundo. Estoy en el mundo, pero no pertenezco a él; soy introducido en otra escena; mi vida ya no es más la de la antigua creación. Sin duda, como todos los demás hombres, tengo mi inteligencia, mi alma, mi actividad en la tierra, pero, en Cristo, las cosas viejas pasaron; el creyente ya no es más un hombre animal, sino un hombre espiritual. ¿Dónde están nuestros afectos ¡Ay!, mis queridos amigos, en la práctica muestro la mayor parte del tiempo que las cosas viejas no han pasado, y esto me humilla; pero yo hablo de la posición que Dios nos ha dado para elevamos por encima de los miserables pensamientos que nos rebajan al nivel de las cosas terrestres. ¿Nuestros pensamientos están fijos en las cosas de lo al-

to? ¿Nuestros deseos no tienen nada que ver con las cosas de la tierra? ¿Nuestra esperanza está totalmente dirigida hacia el momento bendito en que estemos con el Señor? Todo se ha hecho nuevo. “Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo”. Debemos humillarnos al ver que, habiéndonos dado Dios tal posición, apenas la conocemos. El apóstol sí podía decir:

Conozco a un hombre en Cristo

“ (cap. 12:2);

las cosas viejas pasaron ya, he aquí que todo se ha hecho nuevo. Mi vida no pertenece ya a este mundo; mi esperanza no tiene que ver con las esperanzas terrestres, sino con el cielo.

Y añade: “Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo”. Notad esta palabra que hallamos a menudo en este pasaje y nos da la significación más elevada del contenido del Evangelio: la reconciliación. Como lo hemos dicho ya, no lo es todo tener el perdón de los pecados. Un alma que ha recibido este perdón está liberada del peso que gravitaba sobre ella; sabe que el Salvador expió sus pecados y que Dios no se acuerda más de ellos, pero esto no es todo el Evangelio. “(Dios) por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (v. 21). La liberación del pecado es una cosa infinitamente dichosa y bendita. Dios me declara justo, absolutamente justo según su propia justicia, porque en Cristo me ve sin pecado. Esto conduce a la reconciliación. Quien dice reconciliación, dice nuevas relaciones entre nosotros y Dios. El pecado nos había alejado de Él. Pero Dios halló el medio de abolir esta escisión, de manera que ya no haya nada más que nos separe. Al haberme justificado, Dios me asocia a Sí. Tomad un ejemplo de los negocios. Un hombre ha defraudado la confianza de su protector y lo ha perjudicado y comprometido profundamente. La falta del culpable es la consecuencia de ello. El protector examina las cuentas, registra los errores... y paga las deudas. Podría decir: He pagado tus deudas, pero en lo sucesivo no tendré más relaciones contigo. En lugar de esto le justifica y le rehabilita y, para probar el alcance de esta rehabilitación, le asocia con él. El culpable de otro tiempo es poseedor ahora de los mismos negocios, los mismos intereses, las mismas relaciones que aquel a quien tan gravemente había ofendido. No hay ninguna diferencia entre ellos; la comunión es completa. Tal es la gran obra que Dios hizo por nosotros; el resultado de la obra de Cristo no es solamente habernos logrado la justificación, sino habernos reconciliado con Dios, haber restablecido las relaciones que nosotros, culpables, habíamos roto, habernos dado los mismos intereses, los mismos objetos y habernos asociado con Él desde ahora y por la eternidad.

Estas relaciones solamente podían restablecerse por medio de Jesucristo: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (v. 19). Tal era el carácter de Dios cuando Jesucristo se presentó entre los hombres. El mundo no aceptó esta invitación; por lo contrario, se desembarazó de Aquel en quien Dios mismo estaba, para reconciliar el mundo a Sí. Pero, en su ausencia, Dios envía embajadores en las personas de sus ministros: “Así que somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos, en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (v. 20). Esta reconciliación no está por hacerse como cuando Dios estaba en Cristo, en este mundo; ya está hecha; el fundamento fue puesto en la cruz, donde Aquel que no conoció pecado fue hecho pecado por nosotros. Tal es el mensaje del embajador. Podéis venir ahora con toda confianza: Sed reconciliados con Dios. A su propio Hijo lo hizo pecado por nosotros, a fin de que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él (Romanos 5:10-11; Colosenses 1:21-22).

Si hemos sido los objetos de tal amor y de tal reconciliación ¿no debemos acaso ir al mundo para anunciarlos? Esta buena nueva no sólo fue proclamada en el mundo por los apóstoles; los evangelistas la publican; pero recordemos bien que este servicio incumbe también a cada uno de nosotros. A menudo, Dios cruza un alma en nuestro camino para que reciba el mensaje de la reconciliación. No olvidemos que esta alma está destinada a formar parte de nuestra “corona... delante de nuestro Señor Jesús, en su venida” (1 Tesalonicenses 2:19).

Capítulo 6

Cualidades morales que recomiendan a un servidor

El capítulo 5 nos ha permitido considerar la evangelización, una parte del servicio dirigido a todos los hombres; el pasaje del capítulo 6 que acabamos de leer nos muestra que este mismo Evangelio contiene una exhortación particular para las naciones. Por eso el apóstol dice: “Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios”. Este pasaje, mal comprendido, confunde a menudo a las almas. Unos quieren ver en él que el creyente puede perder su salvación después de haberla recibido; otros procuran probar que recibir la gracia de Dios en vano no es la pérdida absoluta de la gracia para el que la recibió. Tanto unos como otros yerran. De hecho, recibir la gracia de Dios en vano sólo puede significar una cosa, es decir, perder todo el beneficio de esta gracia. Dios no ha disimulado nunca la responsabilidad del hombre ni tampoco la del creyente, ni la atenúa con el pensamiento de la gracia; pero, por otra parte, sólo la gracia puede salvarnos de las consecuencias de nuestro fracaso en cuanto a nuestra responsabilidad. Desde el comienzo de la historia del hombre, estos dos principios son mantenidos paralelamente con todo su rigor. Adam como responsable, hallado desnudo delante de Dios, muere y sufre las consecuencias de su desobediencia; pero la gracia reviste a este mismo Adam y lo introduce en la vida, así como su desobediencia lo había introducido en la muerte.

El pasaje siguiente es un paréntesis: “porque dice: En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido...” (v. 2). Esta cita está sacada de Isaías 49, cuyos tres primeros versículos nos muestran a Israel –sobre el cual Jehová había intentado apoyarse como sobre un siervo– completamente infiel a lo que Dios esperaba de él. Entonces, en el versículo 4, Cristo, el fiel servidor, dice: “Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas”. El Señor vino a reemplazar a Israel ante Dios, mas aquellos por los cuales había venido malograron por completo la gracia que les había sido concedida en su Persona. Habían recibido la gracia de Dios en vano. Entonces el Señor dice en el versículo 5: “Ahora pues, dice Jehová, el que me formó desde el vientre para ser su siervo, para hacer volver a él a Jacob y para congregarle a Israel (porque estimado seré en los ojos de Jehová, y el Dios mío será mi fuerza)”. Dios le responde (v. 6): “Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también de ti por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra”. De manera que su trabajo no se malogró y el fruto del mismo es llevado hasta los límites del mundo habitable. Pero incluso para Israel este trabajo no estará perdido en

el futuro. Dios dice a Cristo, su servidor: “En tiempo aceptable te oí, y en el día de salvación te ayudé” (v. 8). Todo lo que has hecho por Israel ha sido en vano, pero yo te daré más tarde para ser una alianza del pueblo, y, en los versículos 9 al 13, describe esta maravillosa restauración.

Pero “he aquí” –dice el apóstol–

Ahora es el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación
“ (cap. 6:2).

Ahora tú eres la luz de las naciones. Cuando se ha comprendido esto, el pasaje se toma muy sencillo. El apóstol exhorta a los gentiles (o naciones) a no hacer como Israel, a no recibir la gracia de Dios en vano. Como somos parte de estas naciones, debemos cuidar cómo recibimos la gracia de Dios y debemos andar de modo tal que guarde relación con ella. Esto formaba parte del ministerio de Pablo.

A continuación, él muestra que, en lo que le atañe personalmente, no ha recibido la gracia de Dios en vano (v. 3-10). Se presenta, como su Señor, con el carácter de servidor de Dios. En medio de los judíos y de las naciones, no daba “a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado; antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios”. Entonces señala cuáles son las cualidades morales que recomiendan a un servidor. Para saber lo que Dios espera de nosotros, observemos lo que el apóstol fue: “En mucha paciencia”. Una cosa caracteriza en primer lugar al servidor: la paciencia que todo lo soporta. “En tribulaciones, en necesidades, en angustias”. Estas tres palabras cayeron sobre otros y no me alcanzaron a mí. Las tribulaciones son dificultades que ofrecen más de un camino para atravesarlas, pero, como todos ellos son difíciles, debemos remitirnos a Dios para que nos enseñe cuál debemos escoger. Las necesidades son dificultades que sólo tienen una salida. ¿Podremos procurarla sin perder la vida? Por eso no hay más que un pensamiento: esperar en el Señor. Las angustias son las peores dificultades. La palabra “angustia” colma los Salmos y los libros proféticos, porque tiene una significación particular: la de la gran tribulación, la de la angustia de Jacob que el Residuo judío habrá de atravesar en el tiempo del fin. Para este camino no hay salida, por lo que el fiel dice: «¿Hasta cuándo?» y su confianza está depositada sólo en Dios. David había sufrido las tribulaciones, las necesidades, las angustias cuando para él no había salida posible, pero Dios había abierto un camino a su ungido, ante Saúl y Absalom. Tal como David, el apóstol también había atravesado todas estas cosas con gran paciencia.

Hallamos a continuación “en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos”. Al final de esta epístola vemos cuántas veces Pablo atravesó por estas cosas, cuyo relato en los Hechos no nos da, por así decirlo, nada más que una muestra, pues Dios no nos ha revelado todos los detalles de la vida de Pablo, aunque nos da los necesarios para presentarnos en su conjunto la carrera de consagración de un ministro de Dios en la tierra. En esto también el apóstol seguía, aunque de lejos sin duda, el ejemplo de su divino Maestro, del cual “el discípulo que Jesús amaba” decía:

“ Hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir
(San Juan 21:25).

“En pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios con armas de justicia a diestra y a siniestra” (v. 6-7). Tales cosas no podían faltar en este ministerio: el Espíritu Santo, un amor sin hipocresía, la palabra de verdad. Roguemos por que nos sea permitido poseer estas cosas. Por su gracia, Dios nos ha apegado a su Palabra y nos ha convencido de que, sin ella, no podemos dar un paso, pero comprendemos bien que la Palabra de verdad es la base de nuestra vida; no solamente la Palabra de Dios, sino la Palabra en la cual la mente de Dios es enteramente revelada, y era ésta la que el apóstol tomaba en su mano para hacer la obra de Dios en este mundo. Ahora bien, esta obra es una lucha; por ello el apóstol añade: “en poder de Dios con armas de justicia a diestra y a siniestra”. Ya sabéis que el arma de la diestra es la Palabra de Dios y que la de la siniestra es el escudo de la fe. Por un lado hemos de combatir con la Palabra, y por el otro, resistir al Enemigo. Estas armas son armas de justicia, pues la Palabra sólo es eficaz cuando la presentamos teniendo en nosotros mismos un carácter de justicia práctica y sólo armados con esta justicia podemos desviar los dardos de fuego del maligno. Un cristiano tiene todo el poder para resistir, todo el poder para combatir en el mundo, pero, para vencer, es preciso que se guarde del pecado en sus caminos. Es lo que dice la oveja del Salmo 23, no en relación con la lucha, sin duda, pero sí con la marcha: “me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre”. Si seguimos el camino de Cristo, jamás encontraremos el pecado bajo nuestros pasos y, cuando lo hallemos, será para combatirlo. El mismo Señor ha sido para nosotros el modelo perfecto.

“Como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos”. Estas palabras me hacen pensar en la vida de un hermano al que estimábamos por sus dones y su piedad. Había realizado estas palabras andando tras las pisadas del apóstol. Pese a ser acusado por los hombres de ser un falso doctor y un seductor, era un hombre con “palabra de verdad” a los ojos de Dios. Su nombre era un oprobio para los que lo pronunciaban y a su alrededor todos se conjuraban para guardar silencio; lo ignoraban; pero para Dios era bien conocido. Lo mismo debemos buscar para nosotros. Si no pensamos en nuestras personas y andamos en este mundo como servidores de Cristo, poco importa que el mundo no nos conozca. Dios nos conoce. Nuestro sendero es muy sencillo, pues sólo hemos de mirar a un lado. ¡Qué nos importa ser desconocidos por el mundo si Dios dice de nosotros como decía de Abraham: “Yo le conozco”!

“Como moribundos, más he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, más poseyéndolo todo” (v. 9-10). Siempre estaba muriendo, bajo sentencia de muerte de parte del mundo, y he aquí que Dios le mantenía con vida. Era castigado, y Dios se servía de la vara, en manos del mundo, para la prosperidad moral de su apóstol amado. Dios detenía a tiempo –como en el caso de Job– la mano de Satanás que había querido darle muerte para desembarazarse de su testimonio. Estaba entristecido, pero tenía el corazón lleno de gozo porque sus ojos no reparaban en las circunstancias, sino que los tenía fijos en la persona de Cristo. Era pobre, pero enriquecía a muchos; no tenía nada y lo poseía todo. Tales son los últimos rasgos de ese cuadro. ¿De quién es la imagen? De Pablo, sin duda alguna,

pero de Pablo conformándose a su Maestro. ¿Quién, mejor que Éste, era pobre pero enriquecía a muchos? Está escrito de Él que se hizo pobre a fin de enriqueceros. Como no teniendo nada, pero poseyéndolo todo: ¿no es también Él? No tenía nada en este mundo; si se trataba de pagar los medios siclos, no los tenía y, sin embargo, todo era de Él y lo disponía a favor de todos.

Así, de un extremo al otro de su carrera, el apóstol llega a reproducir los caracteres de su Salvador y se sentía perfectamente feliz; pues, aunque no había hallado nada en este mundo, había conseguido poseer un objeto que había llegado a convertirse en su único Modelo, en el cual se concentraban todos sus afectos.

Meditemos a menudo este pasaje, pues bien merece la pena llevar a cabo el servicio que el Señor nos ha confiado. Pidámosle con instancia que podamos mostrar esos caracteres. Son factibles y el ejemplo de Pablo está destinado aprobárnoslo y a impedir que perdamos ánimo al considerar la excelencia del servicio tal como fue cumplido por nuestro Señor y Maestro, el perfecto Servidor.

Todo el problema consiste en esto: ¿Qué lugar ocupa el Señor en mi corazón y en mis pensamientos? Si ocupa todo el lugar, entonces seré capaz de honrarle al seguir sus pasos.

Así termina la primera parte de esta epístola. La segunda contiene exhortaciones también importantes para nuestra vida práctica.

La santidad práctica

El versículo 11, por el cual comienza nuestra lectura de este día, se enlaza, por así decirlo, al versículo 1, por medio del cual el apóstol exhorta a los corintios a no hacer vana la recepción de la gracia de Dios. El resultado práctico de la recepción de la gracia se resume en una sola palabra: la santidad. En efecto, la santidad práctica comprende toda la vida cristiana como testimonio en este mundo. En la Pascua, los israelitas estaban al abrigo del juicio de Dios merced a la sangre del cordero. Otro tipo de la muerte de Cristo nos es ofrecido por el mar Rojo, donde el pueblo no solamente es puesto al abrigo del juicio, sino que es conducido a Dios. Pero, desde que hubieron ofrecido la Pascua, los israelitas no tenían más que una cosa que hacer: la Fiesta, que era la celebración de la Fiesta de los panes sin levadura, tipo de una vida de santidad práctica, partiendo del sacrificio y continuando sin interrupción durante siete días. El número siete es el número de la plenitud, imagen del curso completo de nuestra vida terrenal.

Es importante para nosotros comprender en qué consiste, en este pasaje, la exhortación del apóstol a practicar la santidad. La santidad práctica tiene tres caracteres: el primero es la santidad en cuanto a nuestras asociaciones con el mundo; el segundo, la santidad en cuanto a nuestras asociaciones religiosas; el tercero, la santidad individual. Si hemos comprendido bien estos tres puntos, notaremos que la santidad práctica penetra, digámoslo así, toda nuestra vida cristiana. El capítulo 19 del Levítico, en el versículo 19, nos lo muestra claramente:

1. “No harás ayuntar tu ganado con animales de otra especie”. Es la asociación con el mundo, de la cual habla nuestro pasaje en los versículos 14 y 15.

2. “Tu campo no sembrarás con mezcla de semillas”. Es el tipo de asociación religiosa del cual nos habla el versículo 16. No podemos emplear simientes diversas en el campo de Dios; es preciso que sembremos una sola clase de simiente.
3. “No te pondrás vestidos con mezcla de hilos”. Es el tipo de santidad individual de la que nos habla el capítulo 7, versículo 1.

Como acabamos de decirlo, hallamos estos tres puntos en nuestro capítulo. Pero el apóstol dice, antes de abordarlos: “Nuestro corazón se ha ensanchado”. Había visto los frutos del Espíritu producidos en ellos a continuación de su primera epístola y, en lugar de tener sus sentimientos inhibidos en el corazón, se sentía ahora en libertad respecto a ellos. Y añade: “Ensanchaos también vosotros”. ¿En qué habían de ensancharse? Se precisaba que en lo sucesivo su marcha fuera una marcha santa.

En primer lugar (v. 14), no debían juntarse en yugo desigual con los incrédulos. Es una alusión a lo que hemos leído en el Levítico. “Porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia?”. No hay ni un solo vínculo entre el mundo y los hijos de Dios. Son dos especies diferentes; y, aunque lo digan los hombres, no ha habido jamás transformación de especies. ¡Cuán oportuna es esta palabra para el tiempo presente! Cuando el actual testimonio de Dios empezó a ser conocido entre nosotros, ¿no había una separación más completa con el mundo que en estos tiempos? ¿En qué medida somos fieles a este testimonio? Hacer negocios con el mundo, emplear a éste para negocios propios, ¿no es acaso lo que caracteriza a muchos de nosotros, sobre todo entre los jóvenes? Si hubiese más fidelidad, no dudo que esta palabra del apóstol produciría los mismos frutos que en otro tiempo. Hemos de encorvar la cabeza con humillación, pensando que en las nuevas generaciones esto se encuentra muy poco. “¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial?”. Es un contraste total, una oposición absoluta entre el elemento cristiano y el elemento del mundo. Del lado cristiano está la luz. No se trata solamente de que la luz brilló sobre nosotros, sino que se nos dice: “sois luz en el Señor”. Si el Señor es “la luz del mundo”, sus discípulos, en su ausencia, son también la “luz del mundo” (Efesios 5:8; Juan 9:5; Mateo 5:14). ¿Qué es lo que las tinieblas han hecho de la luz? Si en una habitación completamente a oscuras encendéis una simple cerilla, disiparéis las tinieblas en cierta medida; pero, desde el punto de vista moral, cuando la luz del mundo vino aquí abajo, las tinieblas no la comprendieron o captaron, y de ninguna mane-

ra fueron impregnadas por ella. Esto hace resaltar el estado incurable del hombre, y este estado sigue siendo hoy el mismo en presencia de los que son la luz del mundo desde la partida de su Salvador.

“¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo?” (v. 15). ¡Cómo habla esto a nuestras conciencias! Cristo de un lado, el diablo del otro. ¿Puede haber acuerdo entre los dos, entre el Enemigo de Cristo y los que representan a Cristo en este mundo? Está la fe de un lado, y la incredulidad del otro; no hay ningún punto de contacto posible entre estos dos polos opuestos.

El apóstol pasa ahora a la segunda cuestión, mencionada figuradamente en el capítulo 19 del Levítico: “¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? porque vosotros sois el templo del Dios viviente” (v. 16). Cosa inaudita ¿no es cierto?, que nosotros, los cristianos, la Asamblea de Dios, ¡seamos el templo del Dios vivo! En el capítulo 26 del Levítico, Dios dice: “Si anduviereis en mis decretos y guardareis mis mandamientos... pondré mi morada en medio de vosotros... andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo” (v. 3-12); es decir que hace depender de la conducta de ellos el hecho de que sean el lugar en el cual Dios habite. Para nosotros es todo lo contrario. Somos ese templo en virtud del don del Espíritu Santo y, por el hecho de serlo, somos llamados a ser santos, prácticamente separados para Dios en este mundo. No nos asociemos en manera alguna con la religión del mundo que nos rodea. Este principio no ha cambiado desde que la idolatría desapareció del mundo cristiano, no habiéndose revestido el alejamiento de Dios más que de una forma menos grosera, de manera que asociarse con él sería perder el verdadero carácter del pueblo de Dios: “Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré...” (v. 17). Es una cita del capítulo 52 de Isaías. Allí se trata, para el pueblo de Dios que va a ser introducido en la tierra prometida, de dejar toda asociación con Babilonia, madre de la idolatría, a fin de tener parte en las bendiciones de la tierra de Israel. Para nosotros, la separación tiene lugar actualmente respecto de “la grande Babilonia”, la cristiandad apóstata, para entrar en nuestra Canaán celestial. La separación es la base del testimonio cristiano, pero no es suficiente decir: “la separación”, pues ésta puede revestir un carácter pésimo. La santidad consiste en la separación para Dios, y no en otra cosa. He aquí lo que nos separa de la religión del mundo; nuestra santidad es para Dios. A esto queda ligada una gran bendición. Dice: “y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (v. 18). Esto no significa que si no salimos de en medio de ellos no seremos hijos de Dios, pero el gozo de las relaciones familiares con el Padre, como para Israel las

relaciones con Jehová y el Todopoderoso, provienen del grado de separación para Dios. Si, como la familia de Coat, somos empleados para llevar los utensilios del santuario, ¿podemos asociar al mundo con nosotros para hacerlo? ¿Alguna vez estuvo permitido a un extranjero llevar el arca, el propiciatorio, el incensario, el candelero, el altar de oro o aun el altar de bronce? Nadie podía tocar estas cosas si no formaba parte de la tribu de Leví, a la cual le habían sido asignadas estas funciones santas en Israel.

Una vez que hubo dicho estas cosas, el apóstol llega a la santidad individual, al vestido de mezclas diversas de Levítico 19. Es algo muy serio que considerar: “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (cap. 7:1). Pienso que estas dos frases: “contaminación de carne y de espíritu” indican, por un lado, la santidad en cuanto a la conducta individual, tal como se muestra exteriormente en nuestra marcha; y por el otro, la santidad en cuanto al estado de nuestros propios corazones. Uno puede estar separado de la inmundicia en cuanto a su testimonio exterior, de forma tal que en apariencia sea irreprochable, pero, si alguien pudiera ver el interior de nuestros corazones, ¿cuántas cosas contrarias a la pureza descubriría? Hemos de poner de acuerdo estos dos aspectos de nuestra santificación personal, tener equilibrados estos platillos de la balanza. Como individuos, nuestra marcha exterior, nuestros actos, nuestras palabras, deben corresponder a lo que hay en nuestros corazones, a fin de que podamos repetir con nuestro Salvador amado: “Mi pensamiento no va más lejos de mi palabra” (Salmo 17:3, versión Darby).

Si los tres caracteres de santidad práctica que hemos enumerado son hallados en los hijos de Dios, es prueba de que han estado atentos a las exhortaciones de la Palabra. Andar contrariamente a estos principios, es haber recibido la gracia de Dios en vano.

Roguemos que Dios nos conceda a todos tener en nuestras vidas cristianas mucho más realidad de la que tenemos. Que nos conceda, en cuanto a nosotros mismos, un espíritu de humildad y de arrepentimiento para que vengamos a ser testigos más fieles de Aquel cuya gracia ha hecho todo por nosotros y nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha introducido en el reino del Hijo de su amor.

Capítulo 7

El corazón del apóstol para los corintios

El capítulo 6 nos ha mostrado lo que caracteriza al apóstol como ministro de Cristo. En el capítulo 7 no hallamos ya estos rasgos, pero, si es posible, hacemos un hallazgo más precioso todavía: el corazón del apóstol. Él le hace decir en el versículo 3: “No lo digo para condenaros; pues ya he dicho antes que estáis en nuestro corazón, para morir y para vivir juntamente”. Su corazón iba por entero ante sus hijos en la fe. Éstos sentían estrechados sus propios corazones, como está dicho en el capítulo precedente; no los tenían lo suficientemente amplios como para contener todo el amor que el apóstol les había testificado, en tanto que él representaba en la práctica este amor en medio de ellos. Su corazón tan amplio respecto de ellos deseaba despertar sus corazones de forma tal que no tuviesen juntos más que una mente, un fin, una senda y un objetivo. El apóstol sí que no tenía más que un solo objetivo, como lo vemos en la epístola a los Filipenses. Obraba y no deseaba más que una sola cosa. Y ahora, por medio de su ministerio, quiere guardar a los corintios no sólo en el camino de la santidad, como en el capítulo 6, sino también en el camino del amor, de un amor que une a los hijos de Dios los unos a los otros y los liga a todos juntos a Cristo. Este apóstol amado ¡cuán poco estimado era por sus hijos en la fe! Él, que desbordaba de amor, se veía obligado a decirles: “Admitidnos: a nadie hemos agraviado, a nadie hemos corrompido, a nadie hemos engañado” (v. 2). ¿En qué estado se hallaban, pues –ya que en esta epístola les encontramos restaurados–, para que semejantes cosas debieran serles dichas? Ocurría que entre ellos había personas que procuraban despreciar al apóstol, presentándole como un hombre interesado, él, quien después de haber dejado todo para servirles, seguía fielmente el camino de su Señor y Salvador, no teniendo nada.

Y añade: “No lo digo para condenaros”; no penséis que vengo a vosotros con la vara. Si le estaba confiada una autoridad en la Iglesia de Cristo, no usaba de ella aquí, porque la exhortación de la primera epístola había empezado a dar frutos. Así es que, lejos de usar contra ellos la autoridad que le había sido dada, les abre su corazón y despliega ante sus ojos todo el afecto que sentía por ellos, sus hijos en la fe. Se gloriaba de ellos ante Tito y estaba contento de que éste hubiera hallado las cosas como él se las había presentado. Les había escrito su primera epístola inspirada y, como ya no estaba bajo esta influencia, podría haberse arrepentido; pero ahora no le pesa ya, y les dice: Mi corazón ha hallado entre vosotros algo que responde a mi afecto.

Después de haberlos exhortado a andar en santidad, procura unir sus corazones en uno, a fin de que pudiesen estar en comunión con él y con el Señor Jesús, del cual el apóstol era representante. Pero les adelanta otra cosa: su ministerio había producido frutos: “¡Qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y ¡qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto” (v. 11). Al leer este pasaje podríamos preguntarnos: ¿Por qué el apóstol se había mostrado severo para con los corintios, si quedaba demostrado ahora que en nada estaban implicados en relación con el odioso pecado que se había producido entre ellos? Es que, a pesar de esta no culpabilidad relativa, tenían gran necesidad de arrepentimiento. En el versículo 10, dice: “Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación”. ¿Qué arrepentimiento si no eran cómplices del acto criminal, y habían demostrado que estaban limpios en este asunto? ¿Qué había pasado? La primera epístola les había probado que, en lugar de ser cristianos espirituales, eran camales; permanecían en el estado de niños en Cristo. Los motivos de su actividad no eran otra cosa que la satisfacción de su orgullo; se servían de sus dones para exaltarse a sí mismos. Tal era el estado de esta brillante asamblea de Corinto, en la cual todo aquel que entraba tenía que decir: “¡Verdaderamente Dios está en vosotros!”. Pero, cuando ante la palabra del apóstol se reconsideran a sí mismos, entonces se hunden en la tristeza, preguntándose cómo han podido dejar que entre ellos se desarrollara un mal tan escandaloso. ¡Ah! —dicen— ¡cuán lejos de Dios estábamos en nuestros pensamientos, sin comunión real con Él; buscábamos mucho la ciencia, la solución de toda suerte de problemas intelectuales, los signos exteriores de fuerza y de poder que exaltan al hombre, pero, en cambio, nuestras conciencias no estaban en juego en estas cosas!

Queridos amigos, cuán importante es esto para todos nosotros. Cuando vemos producirse un mal en la asamblea, estamos dispuestos a quitar prontamente al malo de entre nosotros, pero ¿nos detenemos allí y no vamos más lejos? Este asunto debería trabajar nuestras conciencias. La existencia de un mal cualquiera, en una asamblea de Dios, no solamente proviene del individuo que ha hecho el mal, sino de la asamblea que se halla en un estado no juzgado. Cuando el mal se manifiesta, estemos ciertos de que no hay solamente un culpable, sino que es la asamblea de Dios la culpable.

Los corintios no se habían limitado a sentir tristeza: “Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse”. Es un juicio completo de sí mismo en la presencia de Dios. Cuando el apóstol les escribía estas líneas, toda idea de ha-

cerse valer había desaparecido en medio de las lágrimas que habían tenido que derramar; todos los asuntos de inteligencia que tanto los habían absorbido estaban puestos de lado; el arrepentimiento se había producido.

El final de este capítulo nos muestra un tercer resultado del ministerio del apóstol para con los corintios. El primero era ligar sus corazones en el amor fraternal con el de Pablo; el segundo, producir un arrepentimiento saludable; el tercero lo hallamos en los últimos versículos de este capítulo: “Su cariño para con vosotros es aun más abundante, cuando se acuerda de la obediencia de todos vosotros, de cómo lo recibisteis con temor y temblor” (v. 15). Por eso el ministerio según Dios que se ejerce entre los creyentes, si bien los inclina al juicio de sí mismos, también los impele a la obediencia. Un creyente desobediente se halla expuesto a caer bajo la disciplina o el juicio de Dios. Lo mismo ocurre con una asamblea desobediente, ya que el apóstol dice aquí “la obediencia de todos vosotros”. Nadie quedaba excluido. En esta disciplina había ganado el amor, el arrepentimiento y la obediencia. Ahora estaban unánimes en cuanto al camino en el que debían andar para servir al Señor y glorificarle. El apóstol añade: “cómo lo recibisteis con temor y temblor”. Esta frase la hallamos a menudo en el Antiguo Testamento y designa siempre la completa falta de confianza en uno mismo. En la primera epístola, Pablo les dice cómo había estado entre ellos “con debilidad, y mucho temor y temblor” (cap. 2:3). El temor no es el miedo, sino el sentimiento de que no tenemos ninguna fuerza en nosotros mismos para hacer la obra de Dios. Había sido precisa la vara para que los corintios aprendieran a realizar lo que, desde el principio de su ministerio entre ellos, el apóstol en persona les había enseñado. En Filipenses 2:12 está escrito: “Ocupaos en vuestra salvación, con temor y temblor”. Para llegar a la salvación, a la victoria final, los filipenses debían trabajar sin ninguna confianza en sí mismos y con el sentimiento del terrible poder que se oponía a su trabajo. En Efesios 6:5 los siervos deben obedecer a sus amos según la carne “con temor y temblor”, también sin confianza alguna en sí mismos, lo que implica la sola confianza en Dios y en los recursos de su gracia. A esto, en efecto, conduce siempre la falta de confianza en uno mismo; el cristiano se apoya en Aquel en quien está la fuerza, quien no cambia jamás, quien permanecerá hasta el final a su lado y le hará esperar la salvación final, cuya coronación es la gloria.

Capítulos 8 y 9

Servicio pecuniario en relación con los santos

Hemos visto que los corintios recibieron las exhortaciones que les fueron dirigidas en la primera epístola. Un gran celo se había producido en ellos por la santidad del nombre de Cristo y habían sido restaurados por el arrepentimiento, aunque hubiese aún muchas cosas que reprender. Cuando una asamblea está en buen estado, no vayamos a creemos que el nivel alcanzado no pueda elevarse. Siempre tenemos que hacer progresos en cuanto a celo y afecto por Cristo, en cuanto a consagración al Evangelio, en lo relativo al amor de los unos por los otros. Hallamos aquí otro carácter del ministerio, menos destacado quizá, pero tan precioso como aquellos de los que esta epístola nos ha hablado hasta ahora. Tiene en vista las necesidades materiales de los santos. A esto se refiere el versículo 4: “el privilegio de participar en este servicio para los santos”. Este servicio consistía, como vemos, en limosnas, en dones de dinero destinados a la subsistencia de los hermanos de Jerusalén que se hallaban en una gran miseria, pues tenían en contra no solamente las potestades persecutorias del mundo, sino también las de su propia nación, enemigas de Cristo y de los santos. En su primera epístola, el apóstol había recomendado a los corintios que pusieran aparte lo que era necesario para este servicio (1 Corintios 16:1), y a esta colecta hace alusión aquí. La hallamos mencionada también en la epístola a los Romanos (cap. 15:25-26). El apóstol estaba a punto de subir a Jerusalén para llevar a los hermanos los dones de las asambleas de los gentiles. Los santos de Macedonia, donde el apóstol se encontraba al escribir esta carta, habían hecho todo lo posible, donando más allá de sus posibilidades. Estas asambleas de Macedonia eran perseguidas cruelmente y habían perdido sus bienes, pero en ellas había mucho amor y nada las detenía cuando se trataba de contribuir al socorro de sus hermanos. Hacía un año que los corintios habían comenzado su colecta, pero su celo había menguado. Estos ricos corintios no habían estado a la altura de los pobres macedonios.

Eso lo vemos a veces. Donde hay prosperidad entre los santos, fortunas de las cuales se puede disponer, se halla menos liberalidad relativa que en los medios pobres. Esto me ha afligido a menudo. El hecho proviene de que en la prosperidad los corazones se endurecen y se ocupan solamente en cosas de la tierra. Cuando esta prosperidad no existe, los corazones se sienten más inclinados hacia el servicio del Señor. Aun tratando a los corintios con una dulzura infinita, el apóstol procura activar su celo mostrándoles de qué manera el Señor obra en las asambleas de Macedonia. Este servicio es muy precioso cuando es consagrado realmente con amor, y puede ser que contenga más bendiciones que el ministerio de la Palabra, aun si éste es ejercido por do-

nes eminentes. El Señor Jesús está atento a ello. Las asambleas de Macedonia pedían al apóstol con gran insistencia, como una gracia, poder manifestar su amor hacia los santos de Jerusalén (v. 4). Era su manera de considerar este asunto e insistían todos, de común acuerdo, para que esta gracia les fuera concedida. ¿Tenemos la costumbre de considerar una colecta para los santos como una gracia? Pedían también a Pablo, aunque se tratara de un apóstol, que fuera él mismo el instrumento de este ministerio. Pablo acepta; el gran apóstol de los gentiles consiente en ser el portador de las sumas de dinero que le sean confiadas. No era cosa liviana en aquel tiempo hacerse responsable de tal carga, y el apóstol, por lo demás, velaba escrupulosamente sobre su depósito. La gloria de Cristo estaba implicada para él en la administración de ese tesoro.

En apariencia, este ministerio precipitó al apóstol en muy grandes dificultades, pues dio ocasión para su cautiverio. En el capítulo 24 de los Hechos, dice a Félix: “Pero pasados algunos años, vine a hacer limosnas a mi nación” (v. 17). Tal era el motivo; el resultado fue que Pablo estuvo a punto de ser muerto por los judíos, fue hecho prisionero, pasó años en cautividad, fue transportado a Roma, atado con cadenas, y finalmente terminó su carrera como mártir; pero Dios supo servir-se de todas estas circunstancias para darnos una parte de esta Palabra en la cual tenemos tantas preciosas instrucciones.

El apóstol dice aquí: “Por tanto, como en todo abundáis, en fe, en palabra, en ciencia, en toda solicitud, y en vuestro amor para con nosotros, abundad también en esta gracia” (v. 7). Este pasaje es sorprendente. En la primera epístola a los Corintios daba gracias a Dios por las cosas de las cuales vuelve a hablar aquí: la palabra, la ciencia que caracterizaba entonces a los santos de Corinto, aunque se hallaban en un estado deplorable en cuanto a su conducta cristiana. Estas mismas cosas subsistían aún, pero el arrepentimiento había aportado en ese medio un elemento nuevo: el amor. Por colmados que estuviesen de riquezas espirituales, en la primera epístola no abundaban en amor, sus corazones estaban retraídos; el mundo se había apoderado de ellos. En cambio ahora el amor reemplaza el cultivo del yo. No hay duda de que tenían más necesidad de ser exhortados que los pobres macedonios, pero, cuando la sinceridad de su amor fue puesta a prueba, estuvieron dispuestos a responder a lo que el corazón del apóstol esperaba de ellos. Les había enviado a Tito, temiendo que sus amados corintios estuviesen en mala posición en relación con sus hermanos de Macedonia: “No sea que si vinieren conmigo algunos macedonios, y os hallaren desprevenidos...” (cap. 9:4). Todos estos preparativos, el viaje de Tito –pues pasar de Macedonia a Acaya era un asunto de bastante monta en aquel tiempo–, la visita que Pablo debía hacer a continuación, el acompañamiento por parte de los hermanos de Macedonia, todo esto

parece desproporcionado en relación con su finalidad, es a saber, un simple socorro pecuniario; pero se trataba de manifestar prácticamente el amor de Cristo, y ¿podía haber un fin más elevado que éste?

En el versículo 18 añade: “Y enviamos juntamente con él al hermano cuya alabanza en el evangelio se oye por todas las iglesias”. ¿Cómo se llamaba? No lo sabemos. Más adelante, en el versículo 22: “Enviamos también con ellos a nuestro hermano, cuya diligencia hemos comprobado repetidas veces en muchas cosas, y ahora mucho más diligente por la mucha confianza que tiene en vosotros”. He aquí dos hermanos cuyo celo es nombrado (mientras que Tito, al cual acompañan, nos es conocido de diversas maneras) y en cambio el nombre de ellos no es ni pronunciado. ¿Esto es todo? No, notadlo bien: “En cuanto a Tito, es compañero y mi colaborador para con vosotros; y en cuanto a nuestros hermanos, son mensajeros de las iglesias, y gloria de Cristo” (v. 23). ¿No es preferible esto a que sus nombres nos fuesen transmitidos? ¡Son la gloria de Cristo! ¡Oh, queridos amigos, yo preferiría no tener ningún nombre entre los hombres, pero que, en cambio, fuese dicho de mí: “Es la gloria de Cristo”! Esto es lo que produce todo andar fiel. Si bien viven al servicio de los otros por amor a Cristo y ejercen en la oscuridad un verdadero ministerio para los amados del Señor, sus nombres no han quedado en la memoria de los hombres; aun de la de los cristianos es borrada, pero “son la gloria de Cristo”. Tales hermanos debían recibir ante las asambleas la prueba de amor de los santos. Acompañaban a Tito, gozosos de permanecer a la sombra de un siervo de Dios al que el apóstol empleaba como su delegado en la obra, gozosos al mismo tiempo de tener toda la aprobación de Cristo en su humilde servicio.

Cinco consecuencias de la fidelidad en el servicio

Yo querría aún presentar algunos pensamientos que me han regocijado al leer el capítulo 9. Hallamos en él las consecuencias de la fidelidad en este ministerio de caridad que tenía tan poca apariencia.

La primera de esas consecuencias se halla en el versículo 6: “El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará”. No olvidemos esto. Si guardamos para nosotros, como si fueran nuestros, los bienes que Dios ha puesto en nuestras manos, entonces no sembramos, o sembramos con tacañería. Apartar todo o parte de lo superfluo es, sin duda alguna, sembrar escasamente. Acumular los bienes que Dios pone a nuestra disposición, es escamotearlos del objeto para el cual Dios los puso entre nuestras

manos. El que siembra escasamente no puede esperar bendiciones abundantes, ni aun en las cosas de la tierra. Un mayordomo prudente es el que usa liberalmente de los bienes que considera, no como propios, sino de su Amo.

La segunda consecuencia de la fidelidad en el servicio pecuniario se lee en el versículo 7: “Cada uno dé como propuso en su corazón; no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre”. Notad esta palabra: “Dios ama”. No quiere decir que no ame a todos sus hijos, sino que allí donde se halla el deseo gozoso de servir al Señor en los bienes terrenales se es amado por Dios. Jesús decía a sus discípulos: Si obedecéis, el Padre os amará; pero aquí se dice: Dios os ama si dais. En la proporción en que yo emplee gozosamente las cosas de aquí abajo para el servicio de Aquel que me las ha confiado, tendré en mi alma un gozo especial del amor y de la aprobación de Dios.

La tercera consecuencia se ve en los versículos 8-11: “Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra; como está escrito: Repartió, dio a los pobres; su justicia permanece para siempre.

Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia, para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios”. Aquí Dios hace abundar la gracia hacia ellos para que puedan abundar en toda buena obra. Honra a los santos que han empleado sus bienes para Él, aumenta los frutos que son consecuencia de una marcha justa y fiel, de manera que puedan derramarlos a su alrededor con entera liberalidad y sin restricción alguna.

Una cuarta consecuencia está mencionada en los versículos 12 y 13: “Porque la ministración de este servicio... abunda en muchas acciones de gracias a Dios; pues por la experiencia de esta ministración glorifican a Dios por la obediencia que profesáis al evangelio de Cristo, y por la liberalidad de vuestra contribución para ellos y para todos”. No es cosa liviana que las acciones de gracias se eleven continuamente a Dios, en relación con nosotros, desde el fondo de los corazones de todos los santos que han sido socorridos por nosotros. Aquí dan gracias por dos cosas: primero, por la profesión de sus hermanos de ser sumisos al evangelio de Cristo, profesión cuya realidad es demostrada por su consagración; seguidamente, por la liberalidad de sus dones, los que no se dirigen solamente a los necesitados en esta circunstancia especial, sino que se derraman en favor de todos.

Finalmente hallamos, en el versículo 14, una última consecuencia de la fidelidad en este ministerio: la oración por nosotros. ¡Qué privilegio para el siervo fiel es el de ser el objeto de las súplicas de los santos; de cuántos peligros, y quizá de faltas, será preservado, porque la intercesión de sus hermanos, reanimada por su liberalidad, sube continuamente a su favor ante el trono de la gracia!

El apóstol termina con estas palabras: “¡Gracias a Dios por su don inefable!” (v. 15). Hemos visto la medida más grande de la gracia por el hecho de que Cristo se hizo pobre, a fin de que, por su pobreza, fuésemos enriquecidos; aquí vemos la medida más grande de la liberalidad de Dios hacia nosotros. ¿Cuál es este don inefable? ¡Es la misma persona de Cristo!

Capítulo 10

El ministerio de Pablo es atacado

El capítulo que acabamos de leer nos presenta un carácter del ministerio que es importante considerar. A menudo vemos un siervo del Señor que ha recibido de Él un don espiritual, y que lo ejerce independientemente de su estado moral, de lo cual resulta que este estado no corresponde al valor de lo que le fue confiado. El apóstol se muestra aquí personalmente al nivel del ministerio que ejercía y su estado moral jamás se separaba de él. Ello daba valor a ese servicio entre aquellos a favor de los cuales se ejercía. Su persona y su conducta eran la reproducción de lo que predicaba. Su palabra correspondía a sus actos, y el estado de su corazón correspondía a su palabra. Seguía en todo el ejemplo de su Maestro. Cuando los hombres preguntaban al Señor quién era, respondía: “Exactamente lo que os digo”. En contraste con la conducta de Pablo, hallamos en este capítulo la de los falsos apóstoles y falsos doctores. Los corintios acababan de escapar, merced al ministerio del apóstol en su primera epístola, a las tentativas de Satanás de destruir esta asamblea de Dios introduciendo en ella el espíritu camal y la falta de vigilancia, precursores de la corrupción y el mal. Cuando la epístola produjo su efecto, los corintios fueron restaurados. La tristeza, el arrepentimiento, el celo para juzgar el mal y purificarse de él habían sido tales que el apóstol podía decirles: “Me glorío de vosotros”. Podía parecer que una asamblea liberada tan completamente debía estarlo de una manera definitiva; pero estad seguros de que, a la primera victoria que alcancéis sobre Satanás, éste preparará el segundo ataque.

Ante este peligro, los corintios parecen no haber tenido ninguna aprensión y, sin embargo, el mal estaba ya allí, amenazador, y obraba sordamente en medio de ellos, en primer lugar para separarlos del apóstol y a continuación para destruirlos.

Ante estos peligros, hemos de vigilar y velar sin cesar, no solamente como individuos, sino también como asamblea. Puede ser que Dios nos haya dado alguna victoria al liberarnos de cosas que eran trabas para nuestra vida cristiana. No nos durmamos sobre los laureles, pues Satanás, nuestro enemigo, no duerme. Sabe cubrirse con mil disfraces (cap. 11:14-15) y, si no ha logrado vencernos la primera vez, volverá a la carga con seducciones más sutiles que las primeras, a fin de anularnos. Al hablar de este peligro a los corintios, el apóstol ni siquiera nombra a esos adversarios; los llama “hombres”, “un hombre”. Es preciso que sea su obra la que los desenmascare; pero, además, el peligro que representan es de todo tiempo y no se vincula particularmente con nombre alguno. Su trabajo subterráneo tenía por finalidad minar la autoridad de los apóstoles, así como hoy tiene por meta minar la autoridad de esta Palabra que ellos nos han transmiti-

do. Estas gentes buscaban depreciar el valor personal que los corintios habían atribuido a Pablo hasta entonces. Eran lo suficientemente osados como para dejar pensar que aquel que había caminado entre ellos, teniendo a Cristo por modelo, y que había sufrido por el Evangelio, andaba “según la carne” (v. 2). Se cuidaban muy bien de negar el valor de las cartas inspiradas: “Las cartas son duras y fuertes; mas la presencia corporal es débil, y la palabra menospreciable” (v. 10). Cuando está lejos, muestra su autoridad, pero cuando está presente no tiene ninguna; ved cuán “humilde entre vosotros” es (v. 1). Más adelante, en el versículo 12, vemos que estos falsos apóstoles y estos “obreros fraudulentos” (cap. 11:13) –pues en aquel tiempo muchos tomaban para sí el título de apóstol en las asambleas– “midiéndose a sí mismos”, comparaban su propia autoridad con la aparente debilidad de Pablo. Pero si Satanás procuraba anular la autoridad del siervo de Dios sobre la estima de aquellos a favor de los cuales ejercía su ministerio, al fin de cuentas era para atacar a Cristo (cap. 11:4). En apariencia, esto podía ser considerado como una lucha de hombre a hombre, pero, en realidad, era la guerra de Satanás contra el Señor mismo. Arruinad la autoridad del apóstol y no solamente trabaréis sino que perderéis la obra del Señor entre los cristianos.

En el versículo 1, Pablo dice de sí mismo: “Yo Pablo os ruego por la mansedumbre y ternura de Cristo, yo que estando presente ciertamente soy humilde entre vosotros, mas ausente soy osado para con vosotros...”. Era exactamente lo que sus adversarios decían de él; y lo aceptaba. Había usado de atrevimiento estando ausente; ahora que estaba entre ellos se les dirigía con temor y temblor; esto era verdad. Y ahora les exhorta “por la mansedumbre y ternura de Cristo”; eso quería mostrar a ojos de todos. Había aprendido a conocer el carácter del Señor y lo reproducía entre los corintios. No era la mansedumbre ni la humildad de Pablo, sino las de Cristo; la mansedumbre que abandona todos sus derechos para servir a los demás, la humildad que no imputa el mal, que atraviesa este mundo con corazón sencillo, que busca el bien por doquier y lo introduce en todas sus relaciones con los hombres.

Pero cuando está lejos, dice: “Nuestra autoridad, la cual el Señor nos dio para edificación, y no para vuestra destrucción”. Así es que no se servía de ella más que cuando estaba lejos, porque no quería destruirlos, sino edificarlos. Por ello, en ocasión de su primera carta había renunciado a usar de su autoridad en medio de ellos para entregar al malo a Satanás. Mas, en cuanto a los adversarios, dice: “ruego, pues, que cuando esté presente, no tenga que usar de aquella osadía con que estoy dispuesto a proceder resueltamente contra algunos que nos tienen como si anduviésemos según la carne” (v. 2). Señala que, si no logra alcanzar un efecto sobre estos hombres, se

verá obligado a ir para destruirlos. Dios había puesto esta arma en sus manos; podía emplearla contra esos falsos apóstoles, pero, si no lo hacía, era a causa de los santos. Quería en primer lugar que la obediencia de ellos fuera cumplida por su autoridad para edificación. Después de esto obrará osadamente, ya que sus armas tenían poder para vengar toda desobediencia (v. 3-6).

En el versículo 12 acusa a estos hombres de compararse o medirse entre sí mismos. Cuando se compara a los demás, el cristiano, al igual que todo otro hombre, tiene una buena opinión de sí. Cuando se compara consigo mismo se presenta a los otros como modelo, y esto es el colmo del orgullo, pues es suplantar a Cristo. Pero aun puede llegar a compararse “a Cristo”. Cuando esto tiene lugar, alcanza inmediatamente las últimas capas de la humildad, pues ¿cómo es posible tener una elevada opinión de uno mismo cuando se está ante Dios? Esto hacía el apóstol, y de tal manera que su carácter se fundía en el de Cristo para exhortar a los otros; por así decirlo, se ocultaba detrás de su Maestro. Recordémoslo. Cada vez que estamos en presencia de Cristo somos verdaderamente humildes, pero lo somos de una manera habitual únicamente si permanecemos habitualmente en su presencia. Puede ser que me juzgue severamente en el momento en que me encuentre allí y que momentos después tenga una buena opinión de mí por haber abandonado un instante tal presencia. En el apóstol no vemos que ocurriese tal cosa, porque él era continuamente “manifiesto a Dios”. Al final de esta epístola dice: “Nada soy” (cap. 12:11). ¿Pensaba realmente lo que decía? Sí, porque lo que decía era exactamente lo que era. Había desaparecido de tal manera a sus propios ojos que, cuando quería hablar de sí, no se encontraba. Dice: “Conozco un hombre en Cristo”; no tenía nombre. Sin embargo, este mismo hombre en Cristo, obligado a retomar su servicio en este mundo después de haber subido hasta el tercer cielo, corre el peligro de enorgullecerse y de pensar en sí, pues el riesgo siempre está latente. Pero el Señor, en su amor, le envía un ángel de Satanás para que le abofetee, a fin de que permanezca en la posición de olvido de sí mismo en la cual la gracia le colocó.

Al final del capítulo hallamos estas palabras:

Mas el que se gloria, gloríese en el Señor

“

(v. 17).

El apóstol repite dos veces “me glorío de vosotros”. Había mostrado cuánto estimaba lo que Dios, en su gracia, había producido en sus corazones, pero no se gloriaba en ellos. Si se trataba de sí, decía: “Si es necesario gloriarse, me gloriaré en lo que es de mi debilidad” (cap. 11:30). En eso, en efecto, me es permitido gloriarme. Cuando el que acababa de ser consagrado apóstol de

los gentiles fue bajado en un serón, por una ventana desde lo alto del muro de Damasco, le venía bien gloriarse; lo mismo ocurría desde el principio de su carrera, ya que nunca había cesado de ser abofeteado por un mensajero de Satanás. “Porque no es aprobado el que se alaba a sí mismo” –añade– “sino aquel a quien Dios alaba” (v. 18). Nosotros debemos buscar lo mismo en toda nuestra vida cristiana. No hablemos de nosotros; no nos atribuyamos importancia alguna. El Señor recomienda a aquel a quien aprueba. Cuando sus siervos son verdaderamente humildes, tiene cuidado de prepararles un lugar de honra y una influencia bendita sobre otros para gloria de Cristo.

Capítulo 11

Un ministerio según Dios y el ministerio según los hombres

Hemos visto que Pablo sólo se gloriaba en su flaqueza, en oposición a los falsos doctores que buscaban destruir su influencia para establecer la de ellos. Pero, cuando se ve obligado a hablar de sí, dice: “Hablo en insensatez”. Llamadme insensato, si llego a hablaros de mis méritos. Estoy obligado a hablaros así para oponerme a los que querrían apartaros de la fe acaparando vuestra confianza. Ahora bien, estos falsos doctores ¿qué presentaban a los corintios? Pues se presentaban a sí mismos. Aquí vemos la diferencia entre un ministerio según Dios y el ministerio según los hombres. De hecho, el ministerio humano no conduce a otro resultado (nos cuidamos muy bien de decir otro fin) que el de exaltar al hombre, mientras que el servicio que tiene su nacimiento en Dios no tiene otro objeto más que presentar a Cristo. Al considerar lo que aquí está dicho de estos falsos apóstoles, os sorprenderéis de ver cómo estos hombres –cuyos nombres Pablo calla a propósito– lograban tener influencia sobre el espíritu de los corintios. Venían a anunciarles cosas que eran todo lo contrario de lo que el apóstol les predicaba y los corintios, que todavía eran cavales, los dejaban obrar. Hallaréis en el versículo 4 el peligro que les amenazaba: “Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis”. Estos tres principios fundamentales, sin los cuales, de hecho, no hay cristianismo, estaban en peligro: la persona de Cristo, el Espíritu de Cristo y el Evangelio de Cristo. Los ojos de estos creyentes, muchos de los cuales eran sinceros, estaban demasiado oscurecidos para no ver que el trabajo de estos hombres socavaba los mismos fundamentos de la fe y les preparaba poco a poco para soportar falsas doctrinas. Se ve la influencia deletérea que una falsa enseñanza –que no es la del Espíritu Santo– puede ejercer sobre los cristianos que son inducidos a seguir este camino. En el versículo 20 dice: “Pues toleráis si alguno os esclaviza, si alguno os devora, si alguno toma lo vuestro, si alguno se enaltece, si alguno os da de bofetadas”. Cuando alguien resbala por esta pendiente todo lo soporta de parte de los que se recomiendan a sí mismos y, midiéndose a sí mismos, consiguen introducirse entre los hijos de Dios; se acepta todo lo que estas gentes imponen a sus partidarios, todas las cargas que les endilgan antes de recibir la sana doctrina enseñada por un apóstol. Pablo hacía exactamente lo contrario. Poseía autoridad de parte de Dios para castigar, entre los corintios, a todos los que se le oponían; de modo que tenía derecho a decirles: Si vuelvo a ir puede que me vea obligado a obrar así. Sin embargo, llama la atención en estos capítulos que el apóstol no haya pensado ni por un instante hacerse presente para oponer

su autoridad a la de esos “obreros fraudulentos”. Ocurría que, como lo hemos dicho precedentemente, en su mente toda la autoridad que el Señor había puesto en sus manos tenía por fin la edificación de la Asamblea de Cristo.

Ahora, si entramos un poco en el carácter del ministerio de Pablo tal como el capítulo 11 nos lo presenta, vemos que a todo lo largo del mismo no tiene otro pensamiento que presentar a Cristo como único medio de apartarlos del mal y atraerlos a las cosas excelentes. Él le representaba en su persona. La enseñanza es hermosa, pero es más bello aun llevar en su persona “la mansedumbre y la humildad de Cristo”. Las almas son a menudo mucho más atraídas hacia el Señor por los caracteres que ven en los siervos de Cristo que por todo lo que puedan oír de sus bocas.

Halláis esto en primer lugar en el versículo 2 de este capítulo: Pablo les celaba con celos que lo eran de Dios; sus celos por los corintios no eran celos humanos que procuraran hacerles sus discípulos. Los falsos apóstoles sólo tenían un fin: querían ganarlos para su propia causa. “Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo”. ¿No es exactamente lo que hallamos en el capítulo 5 de la epístola a los Efesios? Jesús no había hecho otra cosa: se había dado a sí mismo por la Asamblea, a fin de presentársela gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Tal era la finalidad del Señor al darse a sí mismo. El apóstol dice: No he querido hacer cosa distinta que El, no me anima ningún otro fin más que el suyo; deseo presentaros a Él como una virgen casta. Es así cómo os quiere. ¿Cómo podría desear yo otro fin que no fuera el suyo?

Un poco más adelante dice: “en todo y por todo os lo hemos demostrado” (v. 6). Había sido el deseo del Señor manifestarse a Saulo de Tarso cuando la luz divina había resplandecido en las tinieblas de su corazón. Pero, al recibir esta manifestación de Cristo, no tuvo otro deseo más que proyectarla a su alrededor. Por lo cual podía decir: “En todo y por todo”. Él traía la luz de esta presencia y, por su conducto, los hombres se hallaban situados en la plena luz de Cristo. Nosotros debemos actuar también así, sea como individuos, sea como asamblea. Lo vemos en la primera epístola a los Corintios. Es cierto que en esa asamblea había muchas cosas que reprender, pero, si un hombre de fuera se encontraba allí, los secretos de su corazón eran puestos de manifiesto y, colocado en plena luz, declaraba que Dios estaba realmente entre ellos. Como individuos podemos obrar de igual modo. Es necesario que Cristo habite por la fe en nuestros corazones, de manera que cualquiera pueda verlo en nosotros y diga: He estado en relación con Cristo; he hallado a Aquel que es Luz en este humilde cristiano que me ha hablado, y esto me ha unido a Cristo.

En el versículo 10 halláis otro carácter de Cristo, tal como está representado por el apóstol. ¿Habéis notado esta expresión:

Por la verdad de Cristo que está en mí ?

“

La Palabra nos enseña que Cristo es la verdad. “Yo soy la verdad”, dice el Señor. Él manifestó perfectamente la verdad, es decir, todo el pensamiento de Dios ante los hombres, pero este mismo pensamiento era ahora manifestado por el apóstol, porque “la verdad de Cristo” estaba en él, Aquel que era la verdad podía ser reconocido en la persona de Pablo, el amado siervo de Dios, y las almas que se encontraban en relación con él podían decir: Por medio de Pablo hemos recibido la verdad.

En el versículo 11 dice así: “¿Por qué? ¿Porque no os amo? Dios lo sabe”. El carácter supremo de Cristo es el amor. El apóstol puede decir: Dios sabe si este amor está en mí. No miro a los hombres para ver si se dan cuenta, mas Dios lo sabe. Anteriormente había dicho: “El amor de Cristo nos constriñe”. ¡El amor de Cristo! Era, pues, el portavoz de este amor ante todos los hombres, así como ante los santos. Dios sabe si os amo con el amor de Aquel que se ha revelado a mí como el Dios de amor, y este amor lo he traído a vosotros. He aquí por qué no he querido seros carga, he aquí por qué tampoco me habéis visto venir provisto de mi autoridad.

Después de haber presentado estas cosas, el apóstol responde a los falsos doctores que se presentaban en medio de los santos, disfrazados de ángeles de luz, pues no hay que olvidar que Satanás sabe dar la más bella apariencia a las doctrinas engañosas. En nuestros días, cuando se habla a los cristianos de un falso doctor, la mayoría de ellos responden: ¡Pero sí este hombre es un verdadero santo en su conducta! La apariencia es la de un ángel de luz y, sin embargo, el carácter es el de la serpiente que sedujo a Eva con su astucia.

Después de haber respondido a todas las pretensiones de estas gentes, el apóstol es constreñido a hablar de lo que sufrió por Cristo: “puesto que muchos se glorían según la carne, también yo me gloriaré” (v. 18). Toda esta descripción (v. 23-31) nos muestra cuán poca cosa enumera el libro de los Hechos de las circunstancias por las que atravesó el apóstol Pablo. En toda esta enumeración hallaréis tal vez tres cosas relatadas en los Hechos. Todo lo demás es silenciado, pero el Señor no lo ha olvidado y, si el apóstol menciona todas estas tribulaciones, lo hace regocijándose de haber sido estimado digno de sufrir oprobios por el nombre de Cristo. En cuanto a sus circunstancias, este amado siervo bien podía decir aquí, como en su primera epístola: “Si en esta

vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Corintios 15:19). El más miserable, pero el más feliz también, porque su esperanza estaba puesta en Cristo solamente y, para él, vivir aquí, era Cristo. Estos sufrimientos de Pablo no eran una disciplina de Dios. Había manifestado a Cristo ante el mundo y he aquí lo que el mundo le había ofrecido en cambio. Pero no se quejaba, pues de esta forma tenía parte en los sufrimientos de Cristo. Lo que agregaba más peso a estos sufrimientos y le asediaba todos los días era la soledad hacia todas las asambleas. Así completaba los sufrimientos de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia.

Después de haber mencionado todas esas tribulaciones, añade: “Si es necesario gloriarse, me gloriaré en lo que es de mi debilidad”, y desarrolla este pensamiento al final de nuestro capítulo y en el siguiente. Desde el principio de su ministerio, la persecución se había levantado contra él. En Damasco se había encontrado en una posición que el mundo podía considerar ridícula y él, en cambio, se gloria de ella. Así –parece decir él– Dios me ha hecho descender. Y este hombre, que había descendido tan abajo, fue levantado al tercer cielo para oír palabras inefables. Dios dice: Te he humillado; ahora te ensalzo. Pero es preciso aún descender de nuevo del tercer cielo. Parece que en adelante va a vivir con el recuerdo glorioso de haber sido arrebatado al paraíso y haber oído a Cristo. No; un ángel de Satanás lo abofetea y lo sitúa al nivel del patriarca Job. El Señor le dice entonces: Quiero que te gloríes solamente en tu flaqueza; allí se desarrolla mi poder y quiero hacer de ti un vaso de mi poder.

Aprendamos también nosotros, por el ejemplo del apóstol, a no gloriamos de nada más que de nuestras flaquezas. El Señor solamente emplea vasijas quebrantadas para hacer su obra en este mundo y para ser bendición de la Asamblea de Cristo.

Capítulo 12

¿En qué consiste el poder del ministerio?

Hemos visto en el capítulo 10 que todo ministro de Cristo debe poner su estado moral de acuerdo con el don que el Señor le ha confiado, y que debe ser su representante en este mundo. El apóstol lo realizaba fielmente en su servicio. En el capítulo que acabamos de leer se desarrollan otros dos puntos importantes: En qué consiste el poder del ministerio, y dónde hemos de buscar su fuente.

Examinemos en primer lugar el segundo punto, la fuente del ministerio, pues por ella empieza el apóstol. Si se considera el ministerio a la manera de los hombres, se ve la inmensa diferencia entre la concepción de ellos y la del ministerio según Dios. Los hombres –incluso muchos cristianos– piensan que, adquiriendo cierto caudal de ciencia humana, puesta al alcance de todos en los centros de enseñanza, pueden llegar a ser ministros de Cristo o, cuando menos, desarrollar el don que Dios les confió. Se equivocan. La fuente del ministerio solamente puede hallarse en el nuevo hombre; ella nada tiene que ver con todo lo que el viejo hombre puede adquirir. El apóstol desarrolla aquí esta verdad. En cuanto a su estado antes de su conversión –y notad bien que su saber databa de entonces– nada tenía ya que ver; no se considera más como si estuviera en el primer Adán; así es que, hablando de sí dice: “Conozco a un hombre en Cristo”. Precisamente del nuevo hombre surgió la fuente de su ministerio y no de lo que Saulo de Tarso había aprendido a los pies de Gamaliel. Para ejercer eficazmente un ministerio según Dios, es preciso haber echado por la borda todo lo que el hombre querría añadirle. Saulo había aprendido esto desde el principio, en camino a Damasco. Su viejo hombre se había acabado, había sido juzgado, reducido a polvo, y el punto de partida del apóstol es la ruina completa del primer Adán para entrar, en Cristo, en una vida nueva. Esto lo había aprendido en un instante; nosotros lo aprendemos a menudo a la larga y dificultosamente. Eso también hace que a veces, cuando hallamos alguna bendición en nuestro ministerio, lo atribuimos de muy buen grado a nuestras facultades naturales.

Y por eso perdemos a menudo las bendiciones que se relacionan con el servicio del Señor. Nada parecido se encontraba en el apóstol; sabía que la cruz de Cristo era el único lugar en el cual podía situar la carne con todas sus ventajas. Por eso sólo se gloriaba del nuevo hombre, de estar en Cristo y de no tener lugar en ninguna otra parte.

Hacía catorce años que Pablo había emprendido su primer viaje y quizá las cosas extraordinarias de las que habla le sucedieran en Antioquía. Para animarlo en su ministerio, en el cual iba a encontrar tanto sufrimiento, Dios lo arrebató al tercer cielo, donde le hace oír cosas inefables. Era importante que el apóstol fuera puesto en presencia de la excelencia de Cristo en el tercer cielo para que, vuelto a la tierra, estuviera muy convencido de que valía la pena soportar los más grandes sufrimientos por Él. ¡Qué maravilloso lugar el tercer cielo para ser arrebatado a él! El tabernáculo, modelo de las cosas celestiales que Dios mostró a Moisés en el monte, se dividía en tres partes: el atrio, el lugar santo y el lugar santísimo. Eran lugares que tipificaban lo que estaba fuera y por encima de la tierra. En primer lugar, el atrio, donde se hallaba el altar de bronce, imagen de la cruz, en un sentido fuera de la tierra, y de la cual Jesús dice: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo”. El mundo declaró allí que no había lugar en la tierra ni aun para los pies del Salvador. Puede decirse, pues, que la primera parte del tabernáculo sale de los límites de las cosas terrenales, como símbolo. Es el punto que ya nos separa del mundo. Del atrio se entraba al lugar santo, donde se encontraba la mesa con los panes de la proposición, el candelero y el altar de oro. En figura, todos estamos en el lugar santo, presentados a Dios en Cristo, capaces de rendir culto, iluminados por el Espíritu Santo. A continuación viene el lugar santísimo, figura del tercer cielo. Allí estaba el arca y el trono de Dios sobre el propiciatorio. En el tercer cielo podemos entrar por el Espíritu, a través del velo rasgado, pues allí hallamos el trono de la gracia. Pero el apóstol había sido arrebatado en realidad, sin poder decir, sin embargo, de qué manera, y allí había oído cosas imposibles de ser comunicadas a los demás. A nosotros no nos es posible entrar así, pues no hemos recibido como él un ministerio inspirado para presentar a los hombres los misterios de Dios. Pero, para el creyente, hay un lugar más íntimo que el del trono: la casa del Padre. Si no tenemos la perfección de revelaciones que solamente el apóstol ha tenido, Dios nos ha abierto el lugar secreto de su tabernáculo, donde podemos meditar sobre la presencia encantadora de Cristo, quien nos ha revelado al Padre. No oímos cosas inefables, pero nuestras almas gozan allí de la comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Cuando estemos allí corporalmente, será distinto, sin duda, pues en todo y para siempre seremos parecidos a Él en la gloria; pero desde ahora podemos gozar de ese lugar bendito.

Cuando el apóstol habla, como lo hemos visto, de estar en Cristo, dice:

“ De tal hombre me gloriaré; pero de mí mismo en nada me gloriaré,
sino en mis debilidades
(v. 5).

Hace, pues, una diferencia entre tal hombre y él. Sabe perfectamente lo que habría sucedido si, al descender del tercer cielo, hubiese quedado librado a sí mismo, pues se hubiese gloriado de haber estado allí. Mientras estaba allá arriba, guardaba absolutamente su lugar, pero, al volver a la tierra, lo extraordinario de las revelaciones habría podido llenarlo de orgullo. A fin de guardarlo de gloriarse, Dios le envía un ángel de Satanás para que le abofetee, de suerte que podía llegar a ser un objeto de menosprecio o de desagrado para aquellos a los cuales se dirigía. Por eso los falsos apóstoles decían de él: “Su persona es menospreciable”. Cuando habla a los gálatas les dice: “sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio al principio; y no me despreciasteis, ni desechasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo...” (Gálatas 4:13-14). Satanás se convierte, como en el caso de Job, en el medio de bendición para el apóstol. Lejos de ser apartado del camino de la dependencia, sigue los pasos de su Salvador en Getsemaní. Jesús había rogado tres veces por que pasara de El aquel vaso; Pablo suplica tres veces por que la prueba se aparte de él. Una vez más, Satanás se había equivocado. Esperaba hacer que el Evangelio fuera menospreciado en la persona de su ministro; pero Dios dice: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”.

Aquí hallamos la respuesta a nuestra segunda pregunta: ¿En qué consiste el poder del ministerio? Dios dice: Es preciso que en ti no haya fuerza alguna para que mi poder se despliegue en ti. Este pasaje es aplicable a cada uno de nosotros. No hallamos poder en nuestro servicio si no nos consideramos como nada a nuestros propios ojos. Eso nos dice Pablo en el versículo 11: “En nada he sido menos que aquellos grandes apóstoles, aunque nada soy”. Me pregunto si alguno de entre nosotros podría decir de sí con toda seguridad: Nada soy. Ciertos hombres de Dios lo han demostrado de una manera destacada en sus vidas. Cuando preguntaron a Juan el Bautista quién era, respondió: “Yo soy la voz del que clama en el desierto”. Dios habla por mi voz, pero yo no soy nada. Llegan las flaquezas. ¡Ah! –dice Pablo– me glorío de un hombre en Cristo, me glorío en mis flaquezas a fin de que el poder de Cristo permanezca en mí. Acepto las bofetadas del ángel de Satanás, consiento en no ser nada, no retrocedo ante el sufrimiento, con tal que este poder no me abandone. Gedeón dijo: “He aquí mi familia es pobre en Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre”; entonces la palabra del ángel le comunica la fuerza. Si por otro lado, como Samsón, uno confía en su propia fuerza, viene a ser presa fácil del Enemigo. Cuando perdemos el sentimiento de nuestra debilidad o de nuestra nulidad y ponemos la confianza en nosotros mismos o en los dones que Dios nos dio, el poder nos abandona, sin que, como Samsón, nos demos cuenta, y la bendición no vuelve a ser hallada.

Por eso el apóstol dice: “Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (v. 10). Él no dice las soporto, las acepto, sino que halla satisfacción en ellas, su dicha es sufrir en vista del fin a alcanzar, porque la flaqueza es el secreto del poder de su ministerio.

Al principio de este capítulo hemos visto un hombre en Cristo y el poder manifestado en su ministerio; al final (v. 20-21) hallamos, no ya los frutos del Espíritu en el corazón del rescatado, frutos que hacen subir el rubor a nuestros rostros: “Pues me temo que cuando llegue, no os halle tales como quiero, y yo sea hallado de vosotros cual no queréis; que haya entre vosotros contendas, envidias, iras, divisiones, maledicencias, murmuraciones, soberbias, desórdenes; que cuando vuelva, me humille Dios entre vosotros, y quizá tenga que llorar por muchos de los que antes han pecado, y no se han arrepentido de la inmundicia y fornicación y lascivia que han cometido”.

Los corintios, pese a ser tan dotados, habían andado según la carne y no era sólo un individuo, “el malo”, quien entre ellos había pecado; muchos habían hecho cosas parecidas, después aparentemente habían vuelto de sus yerros sin que sus conciencias hubiesen sido alcanzadas ni el arrepentimiento se hubiese producido en sus corazones. ¡Cuán serio es todo esto! Nos es posible vivir en el poder del nuevo hombre, pero, por otra parte, podemos seguir el camino de la carne y andar con los hijos de Dios, afligiendo a los que toman a pechos la gloria de su Salvador. Pongamos cuidado para alejar de nuestra mente todo lo que no corresponda al carácter de Cristo, a fin de que nuestra conducta le glorifique. ¡Dios quiera que el deseo de nuestros corazones sea vivir según el nuevo hombre y con la energía de su poder!

Capítulo 13

La autoridad apostólica para castigar

Al repasar todo lo que esta epístola nos ha enseñado acerca del ministerio apostólico y del ministerio cristiano, me sorprende el hecho de que la autoridad del ministerio para castigar, para no perdonar a aquel que se levanta contra Cristo, se halle en último lugar. En efecto, el apóstol ha presentado a lo largo de este escrito lo que es el ministerio cristiano como ministerio del Espíritu, de la gracia y de la libertad. Ha mostrado a continuación este ministerio en relación con la obra, sea a favor del mundo, sea a favor de la Asamblea, a la cual la exhorta a caminar en la santidad práctica. Después ha mostrado este ministerio atendiendo funciones más humildes, el bien material de los hijos de Dios, y no ahorrando fatigas para prestar socorro a los que tienen necesidad. A continuación ha presentado este ministerio en su propia persona, reproduciendo los propios caracteres de Cristo a ojos de todos y hallando en Él la fuente y el poder. Llega finalmente, en el último capítulo, a un tema que cualquier otro que no hubiese sido el apóstol habría puesto en primer plano para mostrar la autoridad que tenía en sus manos.

Habéis visto en los capítulos precedentes que el ministerio de Pablo hallaba muchos obstáculos incluso entre sus hijos en la fe, que aún muchas miserias subsistían en la asamblea de Corinto, aunque en muchas cosas sus conciencias habían sido trabajadas y habían juzgado y reparado el mal. Pero, además, falsos apóstoles pretendían hacer que su propia autoridad fuera aceptada entre ellos, para lo cual combatían y menoscababan la de Pablo. Ante todos estos obstáculos, es notable que no hable ni una vez, en los capítulos precedentes, de querer ejercer su autoridad mediante el castigo. En el capítulo 10:8 dice: “Porque aunque me gloríe algo más todavía de nuestra autoridad, la cual el Señor nos dio para edificación, y no para vuestra destrucción, no me avergonzaré”. Pone cuidado en decir que esta autoridad no tiene por objeto castigar o expulsar. En el versículo 10 de nuestro capítulo dice exactamente la misma cosa: “Por esto os escribo estando ausente, para no usar de severidad cuando esté presente, conforme a la autoridad que el Señor, me ha dado para edificación y no para destrucción”. Así el primer carácter de la autoridad que el apóstol había recibido del Señor no era “usar de severidad”, sino antes edificar, aun cuando tenía derecho a castigar. Es igual en la epístola a los Efesios (cap. 2:20), donde la autoridad había sido confiada a los apóstoles y profetas para la edificación de la casa de Dios.

En este mismo capítulo 10:3, vemos que otra función de esta autoridad era la de destruir, no a los recalcitrantes, sino las fortalezas levantadas por Satanás para impedir a las almas que tomasen posesión de sus privilegios. Pablo podía gozar de poseer esta autoridad y conducir así las almas

cautivas a la obediencia de Cristo. En efecto, durante todo su ministerio, su lucha era continua contra lo que se oponía a este conocimiento, fuese la religiosidad de los judíos o la sabiduría de los gentiles.

Pero este mismo capítulo 10 nos dice aun en el versículo 6: “Estando prontos para castigar toda desobediencia, cuando vuestra obediencia sea perfecta”. La obediencia de ellos era el primer objetivo, mas, una vez logrado, los obreros de Satanás que habían intentado oponerse a la obra de Dios entre los corintios serían castigados por la vara de autoridad puesta en manos del apóstol, como en otro tiempo lo fueron los egipcios por medio de la vara de Moisés. Si habla así es, pues, al final de su epístola. Por eso dice en este capítulo: “Si voy otra vez, no seré indulgente” (v. 2). “Por esto os escribo estando ausente, para no usar de severidad cuando esté presente, conforme a la autoridad que el Señor me ha dado, para edificación y no para destrucción” (v. 10). En la primera epístola a los Corintios había decidido entregar al malo a Satanás, a fin de que fuera salvo como a través del fuego, pero había suspendido el juicio y se ve en la segunda epístola que había sido para producir en sus corazones un juicio completo del mal. En la primera epístola a Timoteo (cap. 1:19), entrega a Satanás a Himeneo y Alejandro a fin de que aprendan a no blasfemar. Aquí ha tomado la decisión de castigar, mas ¡cuán en contra de los deseos de su corazón!

En el versículo 3, vemos que los adversarios del apóstol intentan despertar en los corintios la duda tocante a si Cristo hablaba realmente por conducto de él. Semejante audacia es difícil de comprender, pero ¿qué es lo que Satanás no osa en su guerra contra Cristo? El apóstol les da la justificación perentoria de su misión divina: “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros...?”. Si Cristo estaba en ellos, tenían el Espíritu de Dios. ¿Cómo les había sido impartida esta bendición? Por el ministerio de Pablo, el cual había sido el medio para conducirlos, por la fe, a esa posición bendita. Y añade: “... a menos que estéis reprobados”. Para ello toma la imagen de un crisol en el cual solamente se encuentra escorias en vez de metal precioso. Si Cristo, el metal precioso, estaba en ellos, ¿podían ser reprobados? Si Cristo obraba por intermedio de Pablo para conducirlos a Dios, ¿Pablo podía ser reprobado? Pero ¡qué ternura hacia ellos se descubre en el corazón del apóstol! Consiento –dice él– en ser como reprobado, en que no halléis en mí cosa de valor alguno, con tal que vosotros hagáis lo que es bueno. Estoy contento de ser puesto completamente a un lado, con tal que estéis en el buen camino y hagáis lo que agrada a Dios.

Cinco últimas exhortaciones

En el versículo 11 termina esta bella epístola exhortándoles, como Asamblea, a hacer cinco cosas:

1) “Tened gozo”. ¡Qué barrera de gozo cristiano opuesta a todo aquello por lo cual Satanás procura tener las almas descontentas!

2) “Perfeccionaos”. Pedía ya su perfeccionamiento en el versículo 9. Esta imagen está tomada de un objeto que se trata de hacer funcionar convenientemente. En nuestros días, un reloj es el mejor ejemplo. Puede estar bien construido, sin que le falte ninguna pieza y, sin embargo, una cosa le falla: no funciona. Es preciso, pues, ajustar cada pieza de suerte que el movimiento se efectúe con exactitud. Eso debemos hacer tanto en la Asamblea como en nuestra vida individual. Hemos de trabajar con miras a que cada engranaje funcione según un orden que Dios pueda aprobar. Esta palabra: ¡Perfeccionaos!, ¿habla a nuestras conciencias? Cada uno de nosotros es llamado a examinarse particularmente y a preguntarse: ¿Soy yo, acaso, aquel que da motivos para que la Asamblea no funcione a satisfacción de Cristo?

3) “Consolaos” (o alentaos). Cosa importante en la vida cristiana: nada nos anima tanto como una buena conciencia y el sentimiento de que Dios aprueba nuestro andar.

4) “Sed de un mismo sentir”. Que no haya entre los hijos de Dios sentimientos opuestos y que todas las cosas marchen por la misma senda.

5) “Vivid en paz”. El gozo, la paz, son también, en la epístola a los Filipenses, los elementos de un buen estado de la Asamblea. “Y el Dios de paz y de amor estará con vosotros”. A Dios le agrada la compañía de los que realizan estas cinco cosas. Es nombrado como el Dios de amor y de paz. No es sólo como en Filipenses: “Esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros”. Él se halla con los que buscan la paz, pues es su carácter, pero aquí es también el Dios de amor. Si los corintios no se hallaban en este estado, el apóstol lo deseaba para ellos. ¿Seguimos nosotros estos cinco preceptos? Si es así, el Dios de paz vendrá a habitar entre nosotros y el Dios de amor nos hará penetrar siempre más en los secretos de su propio corazón.

“Saludaos unos a otros con ósculo santo”. Es el testimonio del amor mutuo que Pablo desea ver entre los cristianos. La epístola termina con estas palabras: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros”. El Señor Jesucristo, Dios, el Espíritu Santo, ¡la plenitud de la Trinidad! El Señor Jesucristo, en la manifestación de su gracia, es decir, de un amor descendido en medio de la escena del pecado para aportar el reme-

dio soberano; Dios, en la expresión de su amor en Cristo; el Espíritu Santo, por el cual tenemos comunión con el Padre y el Hijo y los unos con los otros. ¡Qué delicioso cuadro de una Asamblea según Dios! El apóstol deseaba que estas cosas fueran para todos ellos y no sólo para unos pocos.

Amados, así seamos muchos, o solamente dos o tres para representar la Asamblea de Cristo en este mundo, el deseo del apóstol es que estas cosas sean con nosotros. Si esto hubiera sido así, ¡qué aspecto más diferente hubiera mostrado la asamblea de Corinto! Tomemos para nosotros cada uno de estos preceptos, meditémoslos y estemos seguros de que, si logramos realizar estas cosas individual o colectivamente, nos serán concedidas bendiciones especiales. En lugar de una marcha de debilidad y desunión, de despreocupación o somnolencia, la vida de la Asamblea se desarrollará de manera que el mundo pueda rendir este testimonio: ¡Verdaderamente Dios está en ellos! ¡El Dios de amor y de paz está con ellos!

H. Rossier